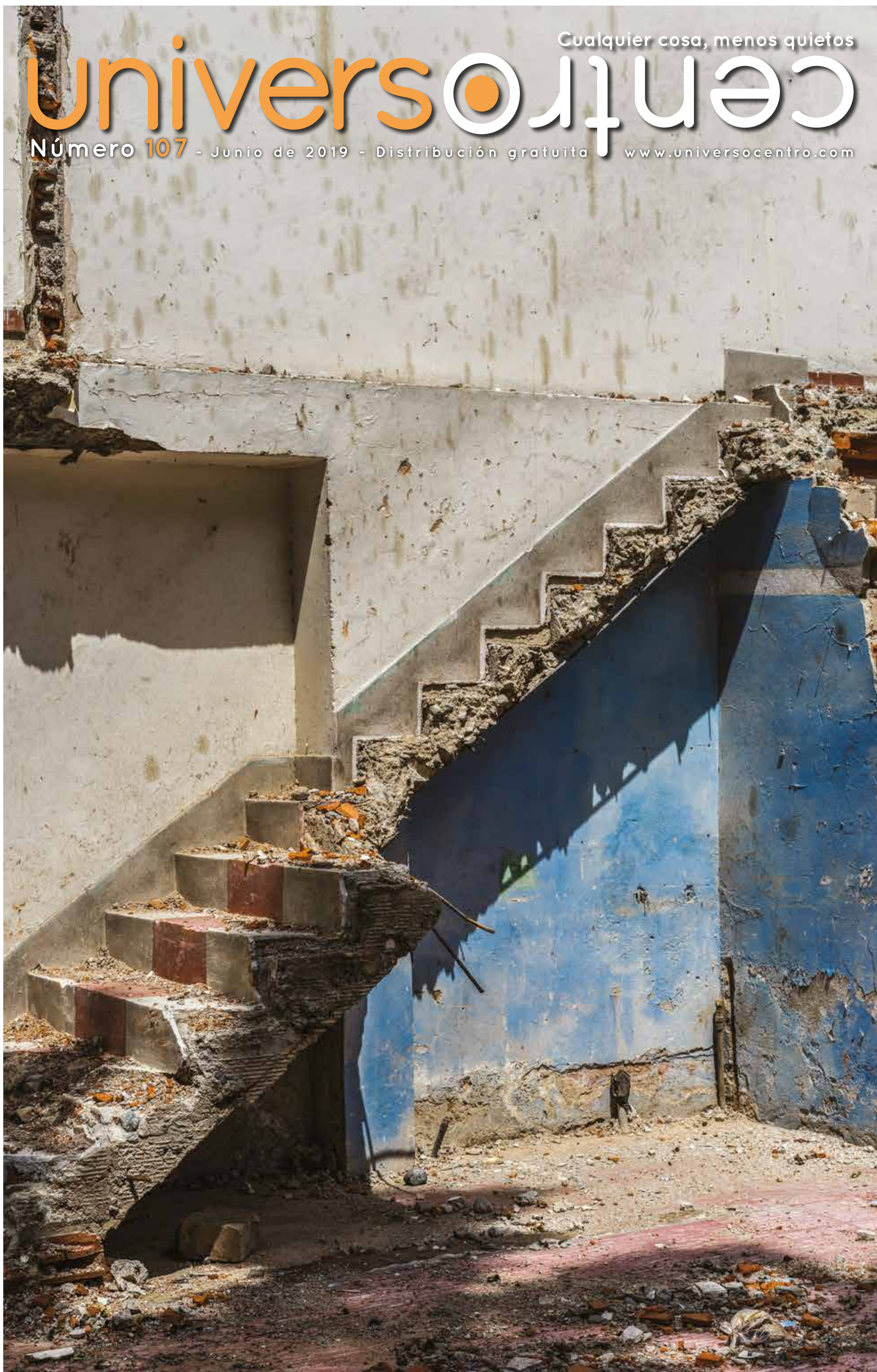


universocéntrico

Cualquier cosa, menos quietos

Número 107 - Junio de 2019 - Distribución gratuita www.universocentro.com





Las ciudades se empujan, se agachan, sacan pecho e inflan sus virtudes a conveniencia a la hora de exhibir sus indicadores sociales. Sus dirigentes públicos y privados se encargan de subrayar bondades y esconder vergüenzas en presentaciones de Power Point. Es una de las asignaturas más importantes para quienes se hacen llamar la dirigencia. Caminar y hacer preguntas son claves para medir temperaturas, miedos, carencias y avances entre generaciones. Muchas veces las historias barriales o personales nos entregan verdades que los números gruesos contradicen. Pero mirar los estudios nunca sobra a la hora de los diagnósticos, sobre todo en vísperas de elecciones, cuando viene la avalancha de lugares comunes, mentiras elegidas y desconocimientos involuntarios.

Un reciente informe de *Medellín cómo vamos* intenta mostrar condiciones de bienestar, necesidades básicas y oportunidades comuna a comuna. El Índice de Progreso Social (IPS) es una muestra del sustrato en el que se para cada habitante de la ciudad según la comuna donde vive. Se miden 43 variables entre las que se cuentan números oficiales y percepciones ciudadanas. Una mirada en tres dimensiones que tiene en cuenta la tasa de homicidios, el embarazo adolescente, la calidad del aire, las muertes en accidentes de tránsito, la deserción escolar, el acceso a la educación superior, la posibilidad de ver televisión por suscripción y navegar en internet, la atención en salud, el peso de los recién nacidos, los hurtos a personas y las extorsiones, el ingreso de las familias y la discriminación sobre mujeres y grupos minoritarios... Señales inequívocas entre muchas otras.

La cifras son del año 2017 y la mala noticia es que Medellín retrocede en casi todas sus comunas (excepto la 13, San Javier) entre 2013 y 2017. Es decir, se han perdido cuatro años a pesar de tener el segundo presupuesto entre las capitales colombianas y la más alta

inversión pública per cápita del país. Aquí no vale la publicidad ni las exposiciones mediáticas y las implosiones coloridas. Tampoco es suficiente el número de adoquines instalados ni el número de comodines del crimen capturados. Hay esfuerzos loables pero insuficientes, hay énfasis discutibles e inversiones descolocadas. Y lo más triste es que quienes aspiran a ser alcaldes solo dicen ser gerentes, recomendados, innovadores y carismáticos o herederos. Hasta ahora no hay una sola propuesta, solo vallas repetidas y caminatas para entregar volantes. Los carteles de las firmas callan, caminan y sonríen.

El estancamiento de la ciudad muestra la dificultad de los avances reales y las respuestas efectivas a los mismos retos de las últimas dos décadas. Entre 2013 y 2017 las comunas que más perdieron en el IPS fueron en su orden Castilla, Belén, Robledo, Candelaria y Manrique. Ahí está la comuna más poblada y el Centro de la ciudad, y allí vive un poco más del 30% de los habitantes de Medellín.

La Candelaria concentra sus problemas en la seguridad donde es la peor comuna por sus indicadores de homicidios, accidentes de tránsito, hurto a personas y tasas de extorsión. Sumados al aturdimiento y el ahogo por ruido y calidad del aire. De modo que el Centro sigue siendo un vivero con desventajas en temas claves para su cerca de 85 000 habitantes.

Belén es la comuna más poblada de la ciudad y la cuarta en el escalafón de progreso social. Tiene ventajas considerables en acceso a la educación superior y en el índice de mayores de 25 años con título universitario o tecnológico. Paradójicamente la deserción escolar en niños y adolescentes marcó su mayor deterioro.

Castilla fue la comuna que más perdió en los puntajes del Índice y en las posiciones donde en un año pasó del puesto 8 al 13. Sus mayores pérdidas se vieron en temas de tolerancia, discriminación (porcentaje de padres de familia que consideran más importante

la educación de los hombres) y convivencia. Además fue penúltima en acceso a la educación superior y crecieron sus índices de deserción infantil.

Robledo tuvo el último puesto en Acceso al conocimiento básico por sus índices de deserción en niños y jóvenes entre los 5 y los 15 años. También el embarazo adolescente marcó sus retrocesos. Y la seguridad en 2017, sobre todo en hurto a viviendas, extorsión y desplazamiento intraurbano, subrayó sus desventajas frente a otras comunas.

Manrique mostró problemas crecientes en nutrición y seguridad alimentaria donde se ubicó entre las cuatro comunas con peores indicadores de la ciudad. También mostró grandes desventajas en la calidad del acueducto y alcantarillado. Y de la mano fueron el alto embarazo adolescente y la deserción escolar. Solo La Candelaria y Popular están por debajo en la tabla general del Índice de Progreso Social.

El crecimiento de los homicidios y la inseguridad en general en 2018 y 2019 seguirá marcando bajas en el bienestar en muchas comunas. La llegada de inmigrantes de Venezuela y desplazados del Bajo Cauca señalarán nuevas necesidades y marcarán nuevas carencias en los estudios. Algo dice que la Comuna 1, Popular, que tiene el menor ingreso per cápita y el mayor nivel de pobreza extrema, tenga peores condiciones de vida en 2017 de las que tenía en 2013. ¿Se ha mirado hacia donde no es, se han aplicado estrategias equivocadas?

Es clave que la ciudad se formule esas preguntas en debates públicos, que el Concejo plantee interrogantes ciudadanos y no solo acuerdos privados, que los empresarios hagan balances más allá de sus propias cuentas y las organizaciones sociales tengan fuerza para convocar y cuestionar. Medellín tiene que dejar de ser una ciudad muda y satisfecha, una tierra de orgullos y retrocesos. Mirar antes que admirar. ☺

Hoy en día un texto contra la oscuridad presuntuosa de la jerga posmoderna parece una obviedad. Hace dos décadas era una pelea encarnizada entre la vanguardia y los rezagados, un diálogo de sordos. Para los unos, confunde y vencerás; para los otros, refugiarse en una sabiduría clara e incuestionable. Este texto del profesor Jorge Alberto Naranjo (1949-2019), escrito en 2003, recuerda esa polémica. Renacimiento de un tropel.

Leonardo y la posmodernidad

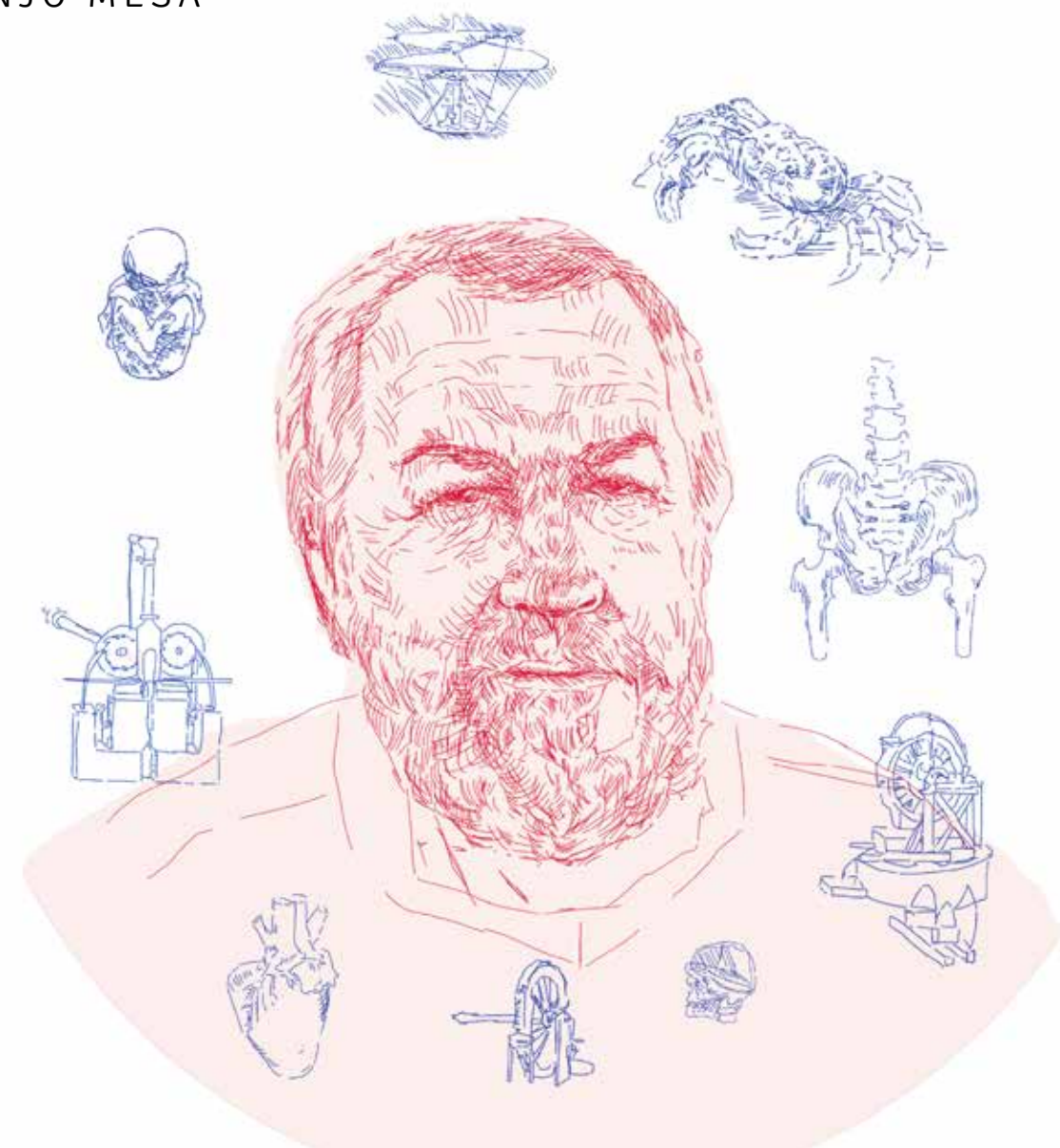
por JORGE ALBERTO NARANJO MESA

Ilustración: Señor Ok

La posmodernidad inventa, día tras día, el agua tibia. Vacía de sustancia las cosas viejas, las viejas filosofías, y después las reasume como su propia sustancia, como su adquisición más novedosa, y hasta su aporte al pensamiento. Es un síntoma evidente de su propia oquedad espiritual, de no ser sino un formalismo, pero revestidos con esa terminología que la posmodernidad acuña para no ir a llamar al pan pan o al vino vino, las cosas y pensamientos parecen recién descubiertos en los talleres posmodernos, en esos discursos y esas obras que proponen. Así reinventan “el cuento breve” o “el arte urbano” o “la enseñanza lúdica” o “las pérdidas colaterales” y “la guerra preventiva”. Dependiendo, claro, del taller y las especialidades de cada uno. Pura apariencia para reinventar lo ya sabido y practicado por los hombres, a veces desde hace por lo menos cuatro mil años; pura simulación de novedad a propósito de las cuestiones más diversas. Y tal vez se explica por la ignorancia crasa de casi todos los pensadores posmodernos en cuanto no sea su especialidad o no tenga que ver con el motivo que los lleva hasta doctorarse en una baldosa, y que por lo general los deja en el limbo de un subdesarrollo espiritual acerca de cuanto no se refiera a su práctica “específica”, “concreta”. Por esto la posmodernidad es profundamente conservadora, reaccionaria. Disimula su servilismo a lo dado, al hecho, con terminologías grandilocuentes, que le dan estatuto de acontecer nuevo y revolucionario del pensar, pero solo son palabras, mi querido...

Así acontece con la “interdisciplinarietà”, con la “multidisciplinarietà”. Parece que el solo término (¡ocho sílabas, y en un poema hasta nueve!) ya debe significar una cauda de pensamientos, que solo acuñarlo debió exigir el trabajo de uno o varios profundos pensadores. ¡Y qué va! Es jerga de burócratas posmodernos que aprendieron a hablar en el taller de reformas académicas que manipulaba Mockus, y que copiaba jerga conventual. Estamos ante un “concepto” que, como el de “flexibilidad de los programas curriculares”, disimula esa cerrazón de espíritu y esa rigidez con que formaron los primeros alumnos de esos talleres de educación posmoderna.

Desde los presocráticos hasta nuestros días se pueden citar multitud de ejemplos de sabios que conjugaron, por lo mismo que eran tales, saberes múltiples, técnicas y artes muy variadas. He ahí a Pitágoras: matemático, geómetra, astrónomo; educador de niños, hombres, mujeres; legislador y consejero de Estado; geógrafo y viajero; iniciado en los cultos de diversos dioses, sacerdote a su vez; dietista y salubrista... O bien, he ahí al docto entre los doctos, enciclopedia del saber antiguo, Aristóteles de Stagiro; o bien —puesto que el estagirita



puede no ser del agrado de alguno de los eventuales lectores—, he ahí a Epicuro, el de la triple ciencia, Ética, Lógica y Física, el filósofo de la amistad, el practicante de la temperancia y el suave placer, el físico del clinamen y las declinaciones de los cuerpos y las inclinaciones del alma. Y entre los romanos se podrían citar muchos ejemplos, desde los Plinius y Séneca hasta San Jerónimo. Y la Edad Media está literalmente llena de eruditos y sabios en varias artes, ciencias y técnicas: desde el gran Alberto de Maguncia hasta William Turner, encontraremos sabios cuya preocupación por las criaturas y las cosas de la tierra, cuyo ánimo de sistematizar vastísimos conjuntos de observaciones no decae nunca, ni su amor por las bellas artes, antes bien, crecen sin cesar a medida que corren sus vidas hacia el término.

O bien, puesto que todos esos ejemplos pueden ser desagradables para un cierto espíritu posmoderno que no se reconocería —¡qué horror!— en ningún sabio escolástico, ni en santurrones, y que se piensa a años luz de esas elucubraciones aristotélicas, ahí esta Leonardo de Vinci, ya en pleno Renacimiento, como ejemplo de una mente multidisciplinada, con capacidades intelectuales amplísimamente desarrolladas en campos muy diversos de la sabiduría: mecánico y cocinero, músico y pintor, arquitecto y escultor, hidrólogo y metalurgista, ingeniero civil e ingeniero militar, biólogo y anatomista, geólogo y

poeta, geómetra e inventor, maestro de ceremonias y consejero de Estado, filósofo y artista notabilísimo. Y no tuvo escuela ni doctorado alguno: era —como él mismo se definía— un “uomo senza lettera”, hombre sin educación (formal). El hijo de Ser Piero, sin la apertura al mundo que le significó vivir con su madre y el esposo pastelero, no hubiera pasado, probablemente, de ser notario como su padre, señor como su padre, una *aura mediocris* de la época y el medio. Fue ese afuera con el que se topó desde niño, fueron las tutorías del padrastro, y el profundo amor de Caterina, lo que le dio esas artes inventivas, lo que sembró en él esa curiosidad permanente y, también, lo que heló su corazón y lo permeó con la indiferencia sentimental. Leonardo era frío como el hielo, aunque su inspiración fuese cálida como una llama y su personalidad fluida cual el agua.

La “multidisciplinarietà” leonardesca es lo menos escolástico imaginable. Nació de la observación atenta de los hombres y la naturaleza, de la fabricación de experiencias incontables, experimentos preparados o acaeceres repetidos aunque incontrolables (aguaceros y tormentas, truenos y avalanchas, erupciones, pestes, guerras, no menos que modelos a escala de puentes y esclusas y fuentes, o juegos de luz en la atmósfera y en el gabinete óptico). La misma actividad cognoscitiva le molestaba la interrelación de los saberes, la

unidad profundísima de los saberes que presupone el conocer realmente a las cosas y los acontecimientos. De la óptica al *sfumato*, de la metalurgia a la escuela, de la zoología y la botánica al retrato, del sentir al expresar, todo para Leonardo estaba ligado por un continuo de saber y reflexión. ¡Cuál multidisciplinarietà! Era mejor una sola y verdadera sabiduría, un abrazo total a lo que es, con su misterio inagotable.

El término “disciplina” aplicado a un saber o una práctica es altamente inconveniente. Sugiere unos rigores, unas penas y costos de aprendizaje o de oficio, que rara vez corresponden con lo que es la realidad de su aprehensión o su ejercicio. Tanto peor ahora, cuando en nombre de cada “disciplina” académica se pervierten los títulos académicos, unos desinflándose y otros inflándose, sin que por parte alguna se vea una mejoría de la calidad humana, antes bien, constatándose un “devenir-Bartleby” cada vez más pronunciado de nuestros doctos intelectuales. Tanto peor, porque habrá bidisciplinados, tridisciplinados, y tetra..., avalado cada grado por el correspondiente cartón y título y aumento salarial y pérdida de humanidad. Es para reírse de tales tonterías si no fuera porque la posmodernidad se toma sus jergas y métodos muy en serio. En todo caso ¡qué lejos estaremos de Leonardo por semejantes caminos de herradura, perdón, de erradura, perdón, de cerradura multidisciplinari! ☺

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Carolina Calle

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 107 - Junio 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Los bailes de arrabal en la televisión húngara y alemana, los extramuros tangueros en París, los bailarines gastados y solemnes en las plazas turísticas de Buenos Aires. Un escritor rumano mira con extrañeza el nido de gusanos que forman los bandoneones. Un texto muchas veces sorprendente y algunas veces inverosímil.

Traducciones del tango

por CIPRIAN VĂLCAN

Traducción de Miguel Ángel Gómez
Ilustraciones: Sara Serna Trujillo

Byron

Cuando tenía quince, dieciséis años, leía todo lo que encontraba: historiadores griegos, romanos y bizantinos, novelistas sudamericanos, poetas persas, filósofos alemanes, franceses e ingleses, sociólogos, antropólogos, psicólogos, historiadores de las religiones, y también ensayos de Cioran traducidos por Modest Morariu, diversos historiadores del arte o las novelas de Dostoievski. Tragaba de todo con entusiasmo, frecuentaba todas las bibliotecas públicas posibles, sin descuidar las bibliotecas de los familiares y de los amigos. Anotaba con cuidado todos los libros leídos, transcribía los fragmentos más significativos, era hambriento y codicioso, parecía deseoso cada vez de más libros; asustado porque se podría acabar el mundo antes de ponerme a leer por lo menos una pequeña parte de todo lo que era importante. Vivía bajo semejante presión y no podía darme el lujo de desperdiciar ni un minuto; terminaba lo más rápido posible las lecciones de la escuela para tener el tiempo suficiente para mis eclécticas lecturas, incluso si para ello debía pelearme algunas veces con mis padres o con mis abuelos; preocupados porque no aprendía lo suficiente. Sin embargo, las cosas se arreglaban, ganaba una tras otras las olimpiadas de lengua rumana, así que nadie tenía nada que decirme; me aseguraba la autonomía necesaria, podía leer más y esto me causaba un inmenso placer.

Vivía gracias a la imaginación y no tenía necesidad de mayor cosa, era feliz como se podría ser rodeado de libros. Descubría día tras día también otros volúmenes dignos de ser leídos y partía de inmediato tras ellos. Algunos los encontré incluso en ese entonces, otros los descubrí algo más tarde, después de haber llegado a París. Pero en los primeros años del liceo, más allá de todos los

autores que consumía con impaciencia, uno llegaría a ser mi ídolo absoluto; de hecho hoy me es algo más difícil entender por qué. Byron se convirtió en el centro de mi mitología literaria, era el genio incomparable, el único, el inigualable, el dios. Goethe, Shakespeare, Dante, Cervantes, Rabelais eran, seguro, escritores enormes, admirables, colosales; pero no tenían ninguna oportunidad de rivalizar con él. Byron era el Genio, y me transformé en su silencioso admirador. Es probable que a esto contribuyera también su ascendencia aristocrática, que debió hacerlo más fascinante para mi imaginación de niño crecido en el comunismo. Además, todavía me encanta desde entonces la excentricidad, y Byron no era precisamente fácil de enmarcar en los marcos de la sociedad de su tiempo.

Leí varias veces los cuatro volúmenes de sus obras publicadas entre 1985 y 1990. Manfred, Sardanápalo, Caín y don Juan se convirtieron en mis héroes; apenas entiendo que comencé a ver el mundo a través de sus ojos y mis intentos literarios de entonces estaban en su totalidad bajo el signo de estas influencias. Pero más allá de la grandeza de estos personajes románticos, me gustaban muchísimo las sátiras de Byron, y algunas de ellas, incluso, me modelarían por un tiempo el gusto literario, haciendo, por ejemplo, que no fuera justo con Coleridge y Wordsworth.

A finales de 2018, llegué a Buenos Aires. Fui invitado por el Ministerio de Cultura de Argentina. Me acordé de la terrible sátira de Byron *The Waltz* mientras asistía a un espectáculo de tango gracias a la señora embajadora Podgorean. En la adolescencia, admirando el sarcasmo, no lograba entender cuáles eran las razones de su furia en contra del vals; porque, lejos de parecerme vergonzoso, este baile era para

mí un ejemplo de fría elegancia. Acostumbrado con los bailes latinoamericanos de sociedad que veía en los diversos concursos transmitidos, ya fuera en la televisión húngara o en los canales alemanes RTL y PRO7, y con la manera de bailar convertida en canónica en las diversas fiestas a las que asistía, donde los participantes se pegaban unos a otros como si se propusieran reconstituir de manera imperfecta el andrógono platónico, era incapaz de entender qué provocaba la manía de Byron; porque el vals me parecía un baile totalmente inocente. Iría a encontrar más tarde que, sin bien cabalgaba, boxeaba y nadaba, Byron no podía bailar para nada debido a su pie deforme, uno de los motivos por los que el vals le daba furia. Tanto más cuando Lady Carolina Lamb, su amada en esa época, lo bailaba con virtuosismo; lo que le provocaba terribles crisis de celos y lo llevó luego a prohibirle bailar vals. Además, Byron miraba con desconfianza todo lo que venía de Alemania, el contexto del trono de Inglaterra en poder de la dinastía de Hanover le hacía temer que estos intercambios culturales pudieran dañar la originalidad de la cultura inglesa; así que el vals, invento alemán, no era para nada bienvenido.

Me hubiese gustado tener a Byron a mi lado tanto en el Cátulo Tango como en la Plaza Dorrego en Boca, hubiera tenido curiosidad en escucharle los comentarios. Si el vals le parecía vergonzoso, probablemente el tango significaría para él, pura y simplemente, un curso introductorio a la pornografía; y me recomendaría mantenerme alejado de semejante costumbre obscena. Hubiese podido, seguramente, contradeirlo, apelando a algunos textos que elogian el tango y exhortándolo a mirar con mucha más paciencia el vestido de las bailarinas; sin embargo, no estoy



para nada seguro de si mis argumentos lo hubieran convencido de no abandonarme, levantándose enérgico por sí mismo y dejándome solo mirando los movimientos que le hubiesen resultado sin duda inapropiadamente lascivos.

Borges, Piazzolla, Nietzsche

Probablemente si le hubiese mencionado a Borges le habría dado más munición a Byron. En *Evaristo Carriego*, el joven Jorge Luis nos cuenta de manera muy convincente que el tango nació en los barrios marginales, entre 1880 y 1890, siendo un baile aceptado con dificultad por la gente del pueblo y esto solo porque logró en París un éxito que lo ennobleció. Al comienzo, las mujeres se cuidaban del tango porque sabían que era un baile para prostitutas, así que solo lo bailaban parejas de hombres “en los rincones de la calle”, como escribió Borges. Pero el escritor veía en el tango también otra dimensión, aquella que retoma algo de la tradición guerrera de los argentinos, que les permite alardear sin escandalosas palabras su concepción sobre el coraje y el honor.

Borges, quien creía que “sin los atardeceres y noches de Buenos Aires no se puede hacer un tango”, participó en la preparación de un disco con tangos junto a Astor Piazzolla. La idea de hacer coincidir a Borges y Piazzolla le pertenece a la bailarina y coreógrafa chilena Ana Itelman. Ella utilizó el cuento de Borges *Hombre de la esquina rosada* para realizar un ballet cuya música fue escrita por Piazzolla en 1960. Después de algunos años, el ballet se fue transformando en un oratorio y le fueron adjuntados muchos otros poemas de Borges para los que también Piazzolla compuso la música, obteniéndose de

esta manera *El Tango*, de 1965. La colaboración fue para ambos un tormento, se odiaron y despreciaron uno a otro, dirigiéndose ingeniosas ofensas que han llegado hasta nuestros días. Cuando grabaron el disco, Borges tenía 66 años, y Piazzolla, 44. Borges apodó a Piazzolla “Astor Pianola” y lo consideraba un ignorante vanidoso que escribía música pretenciosa, falta de cualquier calidad y sin mucho que ver con el tango. Piazzolla veía en Borges una persona autoritaria, ignorante en materia de música y completamente carente de gusto; pero le reconocía, no obstante, genio literario. El disco no gozó de éxito y quedó como una rareza apreciada solamente por refinados conocedores de tango. Supe de su existencia en 2002, gracias a las conversaciones que tuve en París con el escritor y crítico literario argentino Saúl Yurkiévich. El señor Yurkiévich fue el único de entre mis conocidos que escuchó *El Tango*, el disco devino legendario, y este detalle lo vincula para siempre en mi memoria con Virgil Ierunca, a quien encontré en el mismo periodo, el único que escuchó alguna vez música compuesta por Nietzsche.

Cátulo Tango, Plaza Dorrego, Boca

Dos semanas en Buenos Aires fueron suficientes para ver de cerca todo lo que era significativo en materia de tango gracias a los consejos de la señora embajadora Podgorean, una profunda conocedora del tema y destacada bailarina. Al mismo tiempo, pude comprar lo que tenía que ver con mis recuerdos rumanos y franceses sobre el tango. Antes de llegar a Argentina tenía los siguientes puntos de referencia sobre el tango: *Tangoul*, de Angela Similea, una melodía que escuchábamos en la radio en

la infancia, probablemente entre 1980 y 1983; las secuencias de tango mostradas por la televisión rumana, entre 1983 y 1985; los concursos de baile (transmitidos sobre todo por las cadenas de televisión alemanas) que veía en la casa de una tía que tenía antena parabólica, 1983-1989; los discos compactos con tangos de Carlos Gardel y Astor Piazzolla comprados en París entre 1995 y 1997; el concierto de Gotan Project al que llegué por casualidad en los jardines del Palais Royal en la noche del 21 de junio de 2003; los bailarines de tango vistos en las orillas del Sena entre 2002 y 2004, luego entre 2010 y 2018.

Los concursos internacionales de baile que veía durante la adolescencia en la televisión me acostumbraron a cuerpos perfectos, flexibles, capaces de las más inverosímiles acrobacias. Las parejas que descubría parecían lograr un estado de gracia, transmitiendo una impresión de nobleza imposible de explicar de manera racional. Aunque no tenían nada de sangre aristocrática, los bailarines se movían con una esplendidez natural, dándome la impresión de que las desconcertantes piruetas e inverosímiles saltos de que eran capaces estarían al alcance de todos aquellos los tocados por su gracia. En un mundo triste y gris, en un mundo dominado por el hambre, el miedo y el frío, por la estupidez, imposible de romper, del secretario del partido y de la arrogancia espantosa de los agentes secretos, los concursos abrían el espacio narrado, haciéndonos intuir que el mal y la fealdad debían desaparecer, dejando lugar a otra realidad en la que las huellas inefables podían ser descubiertas de manera muy simple; mediante una mirada a los cuerpos que danzaban. Es probable que este fuera el motivo por el que nos reuníamos todos frente al televisor cuando se transmitían los concursos



de baile, desde la abuela entendida y la tía irascible hasta los adolescentes apasionados por el rock y los niños que jugaban con sus apreciados ositos de peluche. Estos concursos de baile, comentados en húngaro o alemán, eran para nosotros una prueba de que era posible también algo bueno, que lo hermoso no había sido completamente evacuado del mundo, y que más allá del país lleno de plagas con respiración venenosa del desgraciado camarada secretario general Nicolae Ceausescu, todavía era posible una vida plena de encanto. La información más comentada por todos giraba en torno a la fecha y el desfile de las parejas en la pista de baile. Era imposible encontrar, por pequeña que fuera, una discrepancia, o una insignificante discordancia. Los hombres eran altos, flexibles, poderosos, avanzaban con una dignidad que parecía hereda-da de una larga experiencia de ancestros en el campo de batalla. Las mujeres estaban modeladas a semejanza de unas estatuas griegas y la fineza de la materia de la que fueron hechas nos arrancaba exclamaciones de entusiasmo mientras intentábamos escoger una favorita. Parecía que supiéramos que seguía una difícil elección. Ellas reían con incredulidad no solo por sus compañeros, sino por aquellos que los veían desde las tribunas; pero en particular, por nosotros, los del frente de los televisores, que observábamos llenos de admiración cada movimiento. Y cubiertos en la cama hasta el cuello y temblando a veces de frío, nos alegrábamos cuanto podíamos, viendo a quienes nos parecían amados por los dioses; nos alegrábamos cuanto podíamos, saboreando el espectáculo.

Durante los primeros años que pasé en París, entre 1995 y 1997, no tenía mucho que ver a mí alrededor. Pasé casi todo el tiempo en la biblioteca, en las salas de conferencia o videotecas, nada atento a lo que sucedía en mis cercanías y muy poco interesado por el espectáculo de las calles. Leía mucho y participaba en muchas conferencias, esforzándome por ver vivos a aquellos individuos cuyos libros descubrí en Rumania a los dieciocho, diecinueve años y que se convirtieron para mí en verdaderas leyendas. La noche estaba dedicada a las videocintas con las más grandes películas de la historia de la cinematografía que prestaba de la École Normale Supérieure y los comentaba en compañía de mis amigos de la Normal de Saint-Cloud o de la rue d'Ulm. Pero cuando regresé a París para el doctorado en el 2002 las cosas cambiaron. Leía en la primera parte del día, luego iba a los cinemas y los museos o pura y simplemente caminaba. Solo

entonces comenzaba a entender de verdad qué podía significar un *flâneur* y me alegraba plenamente de este descubrimiento.

En uno de mis desordenados paseos, una noche llegué a la orilla del Sena. Di de esta manera con lo que había de llamar la “secta de los bailarines de tango”, un grupo de diez a quince personas que se encontraban con cierta periodicidad y bailaban en público justo cerca al Sena. A estos individuos habría de verlos durante tres años, y a sus sucesores los vería por última vez en el verano de 2018. Alguien llevaba una grabadora y la encendía. Se oían, uno tras otro, diversos tangos de la época clásica (nunca los tangos de Piazzolla), y los individuos empezaban a bailar, primero más tímidamente, luego con mucha más convicción. Entre los integrantes de la secta se encontraban algunos jóvenes, y también algunos ancianos, sin embargo, nunca vi a nadie entre las dos edades. Los movimientos de los bailarines eran vacilantes y muy torpes; era claro que se trataba de aprendices. Ahora bien, después de que estos debutantes se rotaban en la improvisada pista de baile, entraban en escena los maestros: una señora de unos setenta años, con un traje aristocrático, perfectamente ajustado, portaba a veces un vestido negro, en otras ocasiones un traje verde; y un señor de alrededor de 75 años, disfrazado y con cierto aire a Leonard Cohen. Cuando los dos empezaban a bailar, todos aquellos que pasaban por la zona se detenían a mirar. Bailaban con una precisión y una velocidad increíbles, conservando permanentemente una suave e irónica sonrisa, como si quisieran mostrar que conservaban la distancia incluso cuando ejecutaban los más complicados movimientos. Al terminar tenían su parte de sonoros aplausos, animaban a los discípulos a volver a entrar a la pista y corregían con delicadeza los errores cometidos, mostrándoles cómo debían proceder.

Si los bailarines a los que veíamos en la televisión proponían un elogio a la juventud y a la vitalidad sin límites, exhibiendo el puro esplendor natural de unos cuerpos perfectos, sin inhibiciones, sin reservas, sin dudas, ofreciendo una puesta en escena de un erotismo elegante y ligero; los viejos que veía a las orillas del Sena se movían en otro registro, trayendo en primer plano su refinamiento cultural y una determinada madurez aristocrática acompañada de la sonrisa misteriosa de un daimonion. Los primeros tienen que demostrar que somos apenas cuerpos que pueden, uno tras otro, arder o entrar en adormecimiento, y conocer el éxtasis o el letargo más profundo; mientras que los dos maestros parisinos ofrecían

la prueba viva de que los cuerpos no son sino instrumentos dóciles puestos al servicio del espíritu, preciosas herramientas de unos sofisticados ejercicios de caligrafía.

El tango que se bailaba en Buenos Aires era diferente, parecía rechazar cualquier intento de reconstrucción ficcional del mundo, enviaba con obstinación al más puro realismo. No se trataba de metafísica, así como me lo imaginaba antes de llegar a la Argentina; tampoco de melancolía, que te lleva al umbral del suicidio, y ni siquiera de la insidiosa insinuación del erotismo que te hace alimentar los días continuos con voluptuosos fantasmas. El baile que tenía ocasión de ver parecía describir a la sociedad argentina inspirada en un coreógrafo influido por las novelas de Zola, o por las tesis de la escuela de Frankfurt.

En el Cátulo Tango, el bailarín vedete era un señor de unos cuarenta años con el estómago suavemente redondeado debido al paso del tiempo, con el pelo canoso y con un vestido ligeramente pasado de moda. Pensé inmediatamente, qué tengo que ver con un gerente de banco que lleva con orgullo su rico pasado de seductor, y lamenta el paso del tiempo un poco a la manera de Casanova, quien escribía sus memorias en el castillo del duque de Waldstein de Bohemia. La bailarina vedete, que provenía de Venezuela, también parecía tener mucho más de treinta años, y caía presa de los caprichos y de los arrebatos de su compañero, girando, serpenteando, retorciéndose sin pedir permiso, como una esposa agradecida porque fue sacada de la miseria por voluntad del marido viejo y rico. Las cuatro parejas de bailarines que los acompañaban parecían formadas por muchachos de tiendas y mozos de restaurante, y muchachas de servicio y costureras. El genio en cuestión vigilaba sus furtivos amores, acompañaba los astutos movimientos, cubría las huellas, sin prometerles siquiera un momento de mejor suerte.

El barrio San Telmo es un reducito de lo inusual dotado con mucho encanto. Los amantes de objetos pasados de moda o por lo menos fuera de uso pueden encontrar todo lo que desea el corazón en los almacenes de antigüedades de la zona y en el Mercado de San Telmo, una coqueta plaza cubierta inaugurada en 1867 que se parece a La Boquería, si bien no tiene esa abundancia abrumadora del paraíso de alimentos de la plaza barcelonesa. Para escapar de la aglomeración de los grandes bulevares de Buenos Aires, se puede pasear al azar por las callejuelas del barrio, admirando las casas viejas que parecen bomboneras excéntricas, adornadas de buganvillas que parecen salir de su piedra

apañada con yeso caído y que albergan las humildes mercancías que te hacen recordar las películas neorrealistas italianas.

En el centro de barrio se encuentra la Plaza Dorrego, una plaza de modestas dimensiones, convertida en una especie de Meca del Tango. Los clientes de bares, restaurantes y cafés que se encuentran en los edificios aledaños a la plaza, casi todos turistas extranjeros, tienen a su disposición mesas y asientos de madera situados de tal manera que les permiten ver a los bailarines de tango que quieren, a toda costa, demostrarles sus destrezas. A todas horas los bailarines están allí, listos para ofrecer una muestra de color local. No logré saber si las parejas que quieren presentarse frente al público pueden hacerlo sin limitaciones o si necesitan un certificado de capacidades o por lo menos la anuencia de los dueños de los locales. Tampoco supe si existe alguna regla especial que establezca la programación de los bailarines, empezando, quizás, con los novatos, y terminando, después de medianoche, con los verdaderos maestros.

Llegué allá un viernes sobre las once de la mañana. Me ubiqué en una mesa de la parte norte de la plaza, pedí algo de beber y decidí esperar. Después de unos cinco minutos, cuando se amontonaron suficientes espectadores, los bailarines se pusieron en movimiento. Muy cerca de mí, bailaba un hombre con un estómago apreciable y con pelo negro cogido en forma de cola, que me hizo pensar en un barbero lleno de entusiasmo por la hora de salir a tener un poco de movimiento después de trabajar toda la mañana. Dudé, no obstante, si considerarlo un barbero popular de barrio que sabe todo sobre afeitar barba y patillas, o ante todo una reencarnación de Sancho Panza pernoctando entre los porteños para darles algunas pruebas de cordura.

Su compañera era una joven parecida a Cenicenta, muy delgada, parecía sufrir de una intratable timidez. El vestido gris que tenía

me resultó ofensivamente corto para las convenciones del tango, pero me di cuenta inmediatamente de que no hay lugar al purismo en la Plaza Dorrego y que para atraer a los turistas no se necesitan trucos muy sofisticados. El caballero bailaba con una no disimulada satisfacción consigo mismo, proyectaba, simultáneamente, arte y bienestar; mientras que la pobre niña se veía como avergonzada, daba la impresión de que todos los movimientos que hacía tenían más bien el propósito de esconder que poner en evidencia, permitiéndole luego volver rápidamente entre los anónimos. No logró desaparecer sino después de pasar por todas las mesas de madera, junto a su compañero lleno de suficiencia, llevando en la mano derecha el sombrero con el que pedía a los espectadores algún billete que demostrara su aprecio para con los bailarines.

Se me dijo que Boca era el barrio de la infamia, sede general de los ladrones, de los aprovechados, de los revendedores, y también, de los proxenetas, de los estafadores o los rateros de bolsillo. El barrio en el que no tienes permiso para perderte al azar, sino que debías seguir tranquilamente a las muchedumbres de turistas, desenvolviéndote cuidadosamente por las únicas dos o tres callejuelas consideradas seguras. Seguí los consejos de mis amigos de Buenos Aires y salí un poco por los trazados preestablecidos, allí descubrí la pobreza y la tristeza, al igual que sucede en las periferias de nuestras ciudades. En una zona segura, y en especial por Caminito, calle museo que se hizo célebre por la inspiración y la obstinación del pintor Benito Quinquela Martín, quien restauró entre 1950 y 1959 alguna decena de edificios de la zona para volver a darle el aspecto inicial, los turistas fotografiaban con afán todo lo que veían: la estatua de cera del papa Francisco bendiciendo a la multitud desde un balcón al lado de la estatua de cera de Maradona que lo acompaña con aprobación; muestras

de arte callejero; puestos con recuerdos; señores tocando el bandoneón; bailarines de tango moviéndose con dificultad entre el gentío; las acuarelas de los jóvenes pintores extendidas en el suelo a espera de compradores; los niños vendiendo la camiseta de Boca... Aunque encantado por los vivos colores de las casitas de Caminito, así como por el espectáculo ruidoso de la calle, me cansé en un momento dado, así que me senté en la terraza de un restaurante que ofrecía también momentos de tango. Mientras comía una parrilla, tuve tiempo suficiente para ver a los bailarines. Él parecía tener como mucho treinta años. Era delgado, llevaba pantalones negros y una camisa blanca. Mostraba una cautivadora seguridad en sí mismo y una permanente sonrisa provocadora. Bailaba con un cierto cansancio, con una lentitud estudiada que le permitía sugerir que no daba dos centavos por la grandeza de la humanidad o por los grandes discursos que nos incrustan en la cabeza cuando estamos en los pupitres de la escuela. Su compañera era más joven, apenas si tenía veinte años, llevaba un vestido aún más corto que el de la muchacha de la Plaza Dorrego, sin embargo su cuerpo no conservaba ningún rastro de modestia, se movía lascivamente de modo natural, como entre una confabulación y, al mismo tiempo, un brutal alegato por la indecencia. El baile de los dos transmitía una auténtica sordidez, autenticidad de los viejos lupanares en los que nació el tango. Sentía que el proxeneta exhibía la mercancía, los encantos de su protegida esperando despertar el interés de aquellos que venían a Buenos Aires no solo para ver la ciudad. No me quedé mucho tiempo en la zona para ver si la oferta del caballero había sido considerada, no obstante, no me sorprendería para nada ver a la mujer retirándose a uno de los cuartos en compañía de un turista holandés. Me pareció natural que un baile que empieza en un lupanar termine en un lupanar.②

Aquí te asesoramos con la verdad para que dejes de pagar arriendo, y conviertas ese gasto en la inversión más importante de tu vida.



- Créditos con cuota fija.
- Estudio de crédito sin costo.
- Bajo costo en los seguros del crédito.
- Acceso a la cobertura de los subsidios ofrecidos por el Gobierno, dentro de los programas **Mi casa ya y beneficio FRECH.**

¡Tú también puedes!

La diferencia está en confiar

confiar
coop

LA PIEDRA

por IGNACIO PIEDRAHÍTA



El Peñol de Guatapé. Provincia de Córdoba. Henry Price, 1852. Archivo Biblioteca Nacional de Colombia-Colección Comisión Corográfica.

Muda y gigante, rayado el negro de su piel con las vetas grisáceas de pacientes sudoraciones minerales, el lomo vestido de musgajos testarudos, la piedra se alzaba majestuosa como un dios malvado.

Viaje a la piedra, Juan Carlos Orrego.

Todo lo mudo y en apariencia inerte me es atractivo. Aquello que yace en el tiempo emulando a la eternidad genera en mí un poderoso hechizo. Las piedras grandes ejercen ese tipo de poder, porque están lejos de ser levantadas o movidas por manos humanas. Rocas y peñascos son tótems que necesito ir a visitar cada cierto tiempo. Y entre esos ídolos la piedra del Peñol es siempre un motivo de peregrinaje personal.

Supondrá el lector que, como amante y devoto de la piedra, subo de manera abnegada hasta su cima y me pongo a apreciar la vista desde allí. Para nada. No solo no me interesa el paisaje de un lago artificial, sino que esa cara de la piedra dejé de visitarla hace tiempo, cuando aprendí a reconocer lo que es feo y a evitarlo en lo posible. Las horrendas escaleras que se le han engastado en zigzag hasta su cima no serán tocadas por mí mientras pueda. Y mucho menos la “excrecencia arquitectónica” que le han puesto arriba. El camino que hago es por la otra cara, aún algo virgen y más dispuesta para la contemplación.

Me bajo del bus en el estadero La Mona y tomo el camino que se empina por la pendiente que conduce a la piedra. Un pequeño aviso en madera lo define como un sendero ancestral, pero más arriba el paso se interrumpe por una cerca de alambre de púas, y un gran letrero prohíbe el paso a “particulares y escaladores”. Puesto que no me considero particular ni escalador, atravieso y continúo ascendiendo hasta llegar a la base de la piedra. Con tocar su rugosa piel me basta, y usualmente me ubico allí donde una fractura horizontal forma una pequeña saliente.

La forma de la piedra alrededor de su cintura no es del todo redonda sino ovalada. Se parece a la aleta de un tiburón, aunque algo gruesa. De ahí que uno pueda asumir que tiene dos caras, como dos lados de una puerta que se abre y se cierra, marcando el paso del caminante. Cuando a Medellín se llegaba a pie o a caballo, la piedra del Peñol era la puerta de entrada a la meseta del oriente antioqueño, para los viajeros que hacían el largo trayecto desde el río Magdalena hasta la ciudad.

Es probable que los indígenas tuvieran adoración por la piedra, pero de eso poco o nada se sabe. Del primero que se tiene noticia de haber escrito sobre ella es del químico francés Jean-Baptiste Boussingault, que vino a mirar asuntos mineros en nuestro país en los tiempos de la naciente República. La describió como una “pirámide de sienita”, sin mucho tino en lo que se refiere a la forma, aunque acertado en la geología: una roca de cristales grandes —unos claros y otros oscuros— que habla de antiguos magmas cristalizados.

Luego vino en comisión científica el militar y explorador italiano Agustín Codazzi, quien la registró como Peña del Peñol o Peñol de Guatapé. Sus asistentes midieron la piedra por todos sus talles, y les dio que tenía 105 metros de altura, 152 de ancho y 640 de barriga. Para que quedara registro visual, se le encargó pintarla al británico Henry Price, el artista de la expedición en esta parte del país. La piedra se ha medido con más precisión recientemente, y resulta que es un poco más alta: entre 130 y 140 metros, según el lugar de la base que se elija para medir. En cuanto al ancho de su vista en planta, tiene 75 metros en su eje menor y 290 en el mayor, por lo que la cifra de 152, tomada por Codazzi, probablemente se refiera al promedio entre esas dos mediciones, antes algo inexactas.

El primer colombiano en poner algunos adjetivos a la piedra fue el médico Manuel Uribe Ángel en su *Geografía de Antioquia*, quien la resalta entre los “peñones” del Estado. Dice que “es importante por su gran masa, su elevación, su aspecto severo y su contorno majestuoso e imponente”. Solo cuando se está junto a ella, piel con piel con la piedra y sin intermediarios, es posible entender lo que significan las poéticas palabras de Uribe Ángel. Apoyado en la pared rocosa miro hacia arriba y siento vértigo y respeto al mismo tiempo, una sensación aumentada por el aire libre que nos rodea.

Los colonos españoles y sus descendientes mestizos se asentaron en esta región no mucho después de los conquistadores, atraídos por la gaudería y la minería de oro. Y, si bien eran gentes sencillas que no se preocuparon por dejar constancia escrita de la piedra, sí la dejaron en el habla. La palabra “peñol”, que se fue perdiendo en el español en favor de “peñón”, es un vestigio de aquellos pobladores de hace varios cientos de años.

En la creencia popular está la idea de que la piedra del Peñol es un meteorito. Es tentador imaginar la piedra surcando el firmamento como una estrella luminosa que va cayendo hasta clavarse en medio de la gran meseta. En ese caso sería, con mucho, el mayor de todos los meteoritos jamás encontrados en el planeta. Normalmente, lo que queda de los meteoritos que entran a la Tierra son rocas que no superan los dos o tres metros de altura, con lo que, nuestra piedra, con sus más de cien metros, sería una rareza que todavía los científicos del mundo no hubieran osado reconocer.

Desde mi lugar privilegiado en la fractura rocosa, la vista es monumental sin tener que ir hasta la cima. El poder mineral que cubre mis espaldas es lo que le da sentido al paisaje. Solo pinceladas humanas llegan hasta allí. A mis pies hay vidrios quebrados y otros objetos, lanzados desde arriba por los turistas que suben en multitud por el otro costado de la piedra. Aunque también se escucha el sutil tintineo de los arneses y las voces de los escaladores, animándose a ascender la roca. A todos nos acoge la piedra, con somnolienta indiferencia.

Me olvido de todo y viajo en el tiempo para ver surgir la piedra desde el subsuelo, como es natural a ellas. Nuestro peñón no es sino un saliente de una gran roca que hay por debajo. Y, en esto, otro mito tiene algo de razón cuando dice que “es solamente la punta del iceberg”, aunque la imagen no sea exacta. Lo que hay por debajo no es la continuación de la piedra a la manera como lo haría un témpano de hielo flotante, sino un minúsculo realce de una roca enorme que constituye buena parte del centro de Antioquia. Tan grande es que varios municipios del oriente y norte del departamento están asentados sobre ella.

Hace alrededor de setenta millones de años esa magnífica roca fue dejando de ser magma líquido para hacerse sólida conforme ascendía desde el subsuelo. Y algunos millones de años después asomó a la superficie cerca del nivel del mar, para luego irse levantando con la cordillera Central hasta alcanzar los 1500 o 2000 metros de altura promedio que tiene hoy. En la medida que esta gran roca iba subiendo, el agua lluvia y los riachuelos y ríos la iban alisando por erosión, un trabajo que facilitaban sus muchas fracturas. Pero solo unas pocas y pequeñas porciones de esta gran masa rocosa eran más sólidas y no tenían fracturas, y por lo tanto no

se desintegraron, sino que quedaron visibles como protuberancias rocosas en el paisaje. Estos núcleos rocosos son los que hoy conocemos como la piedra del Peñol, la piedra del Marial, el peñol de Entrerriós, el cerro El Tabor en San Carlos, entre otros peñones menores. Más que haber “salido” del suelo, a estas grandes piedras se les fue cayendo la roca que tenían alrededor. Y, en el caso particular de la piedra del Peñol, eso ocurrió hace alrededor de un millón de años. Así que, si bien la roca de la que está hecha la piedra tiene setenta millones de años, la piedra propiamente lleva expuesta y “a la vista” cerca de un millón de años.

A distancia, la piedra del Peñol se ve negra, pero ese no es el color de ella sino de los líquenes y musgos muertos que crecen en su superficie. En algunas partes no colonizadas por esta vegetación minúscula la roca se ve blancuzca, más cercana a su tono original. En la acuarela de Henry Price, el artista de la expedición de Codazzi, la piedra aparece colorida y con más vegetación. Con esto Price intentaba acentuar la cobertura de plantas y arbustos sobre la roca y en sus costados, y además mostrar las “sudoraciones minerales” que pintan naturalmente la piedra de manera vertical.

Hace unos cien mil años cayó una gran lluvia de cenizas sobre todo el centro de Antioquia proveniente del volcán del Ruiz y el del Tolima. Esa actividad volcánica continuó durante milenios hasta cubrir toda la superficie de la región —incluida la coronilla de la piedra— con

un metro de espesor de ceniza. De ahí en adelante, la lluvia que caía en la cima penetraba en el suelo de ceniza, se hacía ácida por la pavesa volcánica y luego chorreaba por los costados de la piedra, disolviéndola a su paso. De ahí esas acanaladuras verticales que se pueden observar en la piedra y que Price se encargó de resaltar con franjas de diferente color.

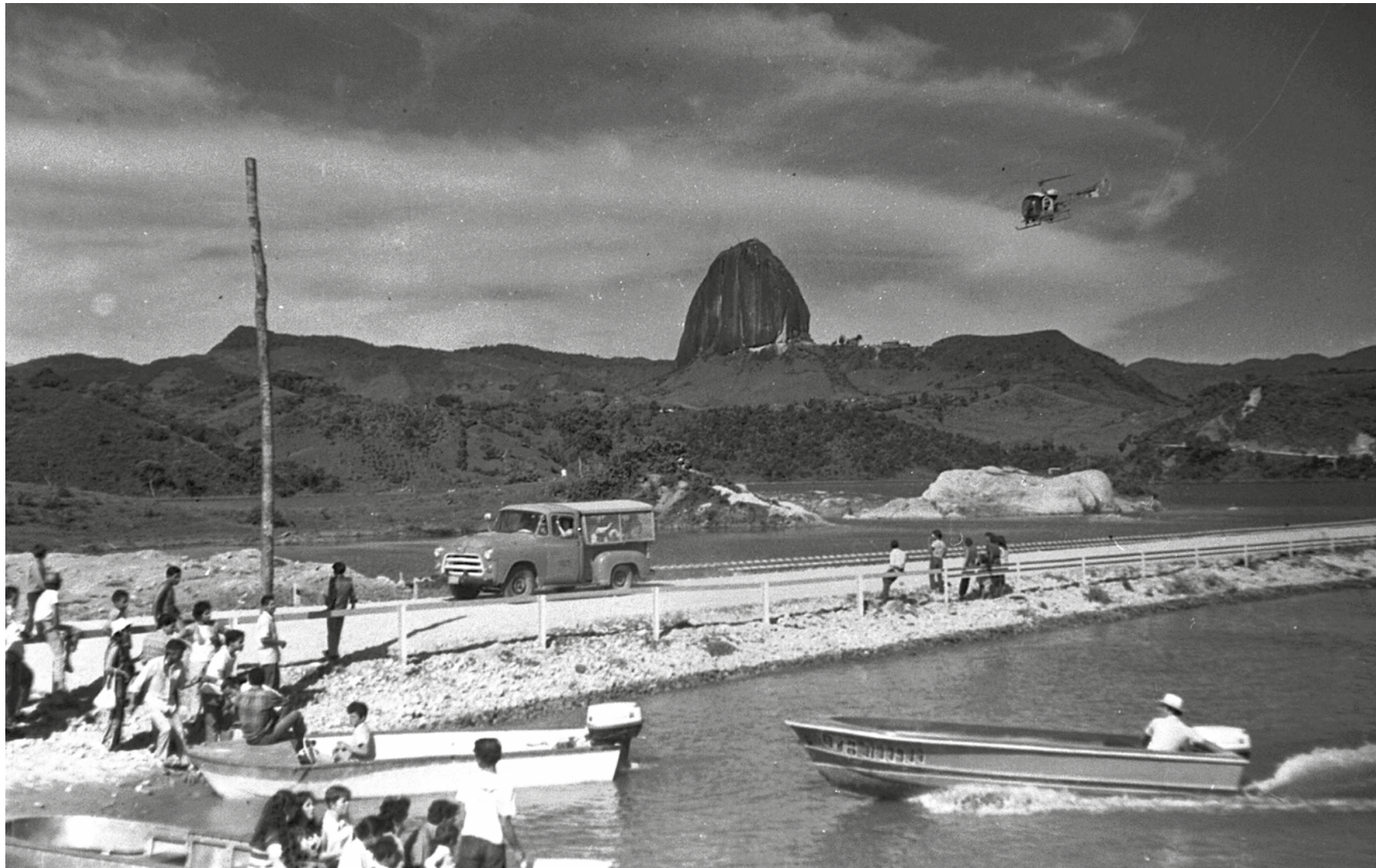
Estos canales verticales se aprecian mejor en la piedra del Marial, que es como una reproducción a pequeña escala de la piedra del Peñol. Es una coincidencia que se llegue allí por la vía de la réplica en miniatura del Viejo Peñol, inundado en 1978 por la represa de Guatapé. Uribe Ángel describe el Marial de la siguiente manera: “Hay otra roca hacia la parte baja del río, llamada Dos Cabezas, bastante elevada y que produce á la vista el efecto que producirían dos esfinges egipcias unidas por sus costados”. Sobre esta piedra dice Teodomiro Alzate Naranjo en su *Compendio de geografía local del distrito del Peñol*, de 1943, que era un verdadero santuario de peregrinos de todo el país a principios de 1900.

Hablando luego sobre la piedra del Peñol, Alzate Naranjo predijo su futuro cuando dijo: “No estará lejano el día en que los técnicos, los capitalistas y los turistas de Medellín, reconociendo a estas regiones la importancia que ellas merecen, se den un paseo por estos contornos con el fin de analizar la manera de convertir en realidad los proyectos de que venimos hablando”. Alzate soñaba con un Cristo

en bronce en la cima de la piedra, al cual se ascendería por “sólidas escalinatas de metal o de mármol”, que giraran “en forma de caracol alrededor de la misma piedra, y quizá incrustadas en la misma”.

Pareciera que el dueño actual de la piedra hubiera hecho una interpretación bastante libre de los pomposos planes de Alzate. En 1954, antecesores de la familia propietaria escalaron la roca hasta media altura y pusieron allí un santuario, en connivencia con el cura de la zona. Luego hicieron las escaleras y, en los años ochenta, en cofradía esta vez con el alcalde de Guatapé, comenzaron a pintar el nombre del pueblo en la cara occidental. Los del pueblo de El Peñol, al sentirse excluidos, se quejaron ante la gobernación y se logró parar semejante estrago cuando solo habían hecho la G y parte de la U. Por fortuna las letras ya se están borrando. Una picadura de mosco, de todas formas, para la vida milenaria de la piedra.

Empieza a caer la tarde y decido bajar al mundo de los hombres. Antes de partir palpo la roca a manera de despedida. Los granos de cuarzo sobresalen entre los otros minerales de los que está hecha la roca. De ahí la rugosidad especial de su piel, que le da esa sensación carrasposa, como la de esos animales salvajes que en algún momento de la vida se tiene ocasión de tocar brevemente. Sensaciones sutiles como esa me duran meses y a veces años, hasta que desaparecen y entonces es necesario volver a visitar la piedra, mi piedra. ☺



El Peñol. Gabriel Carvajal Pérez, 1971. Archivo Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

PARA TU TIENDA O TU CASA
SELECCIONADO Y TOSTADO POR EXPERTOS. SIEMPRE
PAGAMOS UN PRECIO JUSTO AL CAFICULTOR
INFO Y PEDIDOS: 3016097402 (VENTAS)
3166681182 (ASESORÍAS) -
MEXICAFEMEDELIN@GMAIL.COM

La felicidad

..ES UN BUEN CAFÉ

Transformamos granos de café en gotas de felicidad

EXLIBRIS

café
libros
repostería

Nueva sede: Cc Oviedo - L. 1383

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

SOLO LO MEJOR
Libros
Postres
Almuerzos
Café
Compañía

La suerte del colibrí

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El matrimonio puede ser letal. Pero en el mercado de Sonora, en el centro de Ciudad de México, son los ermitaños quienes mueren en su nombre. Su otro apodo es picaflores, aunque para hacerse entender de tajo en cualquier parte se les debe llamar por su nombre más común: colibríes.

Es una mañana pálida de principios de 2019 y en este mercado se oye poca música. Los pregoneros de mercancías son la banda de fondo. Los escucho en el corredor de las máscaras que miran como a punto de reír y cuando entro en la penumbra de los pasillos esotéricos. Hay recipientes que prometen amansar cualquier mal, mujeres de senos derretidos barajando cartas y hombres de aspecto insano exhibiendo víboras. Las piñatas infantiles decoran el techo, pero a juzgar por su aspecto, adentro llevan arañas y no confites.

En este mercado la mala suerte se mide por grados. Lujuriosos, golosos, mezquinos, perezosos, iracundos, envidiosos y soberbios descubren en sus locales el embrujo que mejor les viene.

También se puede encargar un tigrillo guatemalteco por el precio de diez guacamayas rojas. Un mono capuchino por el precio de dos zorros, o un quetzal por el precio de veinte canarios.

Ciudad de México se riega sobre el antiguo valle de los aztecas. Elevada, superficial y subterránea, y a la velocidad de treinta millones de habitantes. El romance nunca ha sido aliado de las grandes ciudades. El método de ensayo error para escoger la pareja ideal es un lujo que muchos no se pueden permitir. Para completar, los chilangos, como se les llama a sus habitantes, viven tan lejos de todo que llegan tarde hasta a los rituales maritales.

Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía en Ciudad de México la gente se casa poco. Formalmente se unen tantas parejas como en Guanajuato pese a los veinticuatro millones de habitantes de sobra. De cada cien matrimonios que ocurren en la capital, casi veinte se disuelven por las vías legales. Los chilangos acuden a los altares por encima de los treinta mientras que en los estados vecinos las parejas se unen en promedio a los veinticinco. Una premisa: despreciar una posibilidad amorosa es tan grave como perder un buen empleo.

Da la impresión de que en esta ciudad, llevar una pareja al altar es más un capricho aleatorio del azar demográfico. Tal vez por eso miles de chilangos vienen en secreto al mercado de Sonora donde el mito urbano les devuelve lo arrebatado por la modernidad: la fantasía según la cual el corazón de colibrí atrae el amor o evita la malquerencia, entre otros males.

Atravesio los altares de la Santa Muerte y me detengo ante una caja de cartón que se mueve con vida propia. Adentro una camada de cachorros de xoloitzcuintle, el perro sagrado de los aztecas, se revuelca como en una orgía de gusanos. Entretanto, un hombre redondo y sudoroso se me acerca por atrás. Siento su mano pesada y caliente sobre mi hombro.

—¿Va a querer el ermitaño vivo o muerto, joven? —dice en tono soso.



Piel de estudio de colibrí chillón (*Colibri coruscans*), Colección de Ciencias Naturales, Museo Universitario de la Universidad de Antioquia.

Si se tratara de una excentricidad más del culto moderno condenada a desaparecer, escribiríamos en la libreta la anécdota con malicia, pero 113 colibríes tras una jaula y otros quince disecados sobre una bandeja, listos para la venta, generan poca gracia.

“El hechizo de amarre”, como se llama, requiere de manos delicadas capaces de sacarle el corazón al animal a la forma antigua de los sacrificios: palpitando. La víctima del hechizo deberá tomar el órgano en sopa o infusión. En casos críticos se debe juntar un macho y una hembra, ambos disecados. Es necesario raptarle a la persona una prenda de ropa interior para envolver los cuerpos y sumergirlos en una botella de miel. Hay tantas variaciones al embrujo como estados en México. El costo de toda la operación es de 980 pesos mexicanos (52 dólares), según el hombre redondo. Una sola ave con vida se puede transar hasta por cinco dólares, dependiendo de la especie.

Ciudad de México es la principal demandante de colibríes de todo el país. Le siguen Tijuana, Guadalajara y Monterrey conocidas por ser las ciudades de los nuevos ricos mexicanos.

—Sale joven, aquí se le hace lo que necesite —dice el hombre redondo.

Oculto tras una sábana de flores se advierte la jaula oxidada. La tradición dice que quien desee efectividad en el tratamiento deberá esperar a que el ave muera de forma natural.

—¿De dónde los traen? —pregunto. El hombre redondo se encoge de hombros.

Cuando pongo en duda la efectividad del embrujo se exaspera y mira dos niños que a su vez me miran. Este vendedor ignora casi todo sobre los colibríes; los ochenta aleteos por segundo cuando comen y los doscientos mientras coquetea. La columna vertebral más versátil y pequeña del reino animal que les permite volar incluso con el pico hacia arriba sin perder el equilibrio. Los 1200 latidos de corazón por minuto. La sed de néctar que les impide estar quieto. La proporción cerebral más grande entre las aves que les permite recordar cada flor para no visitarla dos veces. Un torrente sanguíneo que les corre a cuarenta grados centígrados. Ignora, también, que algunas especies atraviesan los ochocientos kilómetros del Golfo de México en un día. Que otras migran desde el sur de México hasta Alaska parando a beber néctar en el Misisipi. Que al sur de Perú, el antiguo pueblo nazca los dibujó más grandes que una cancha

de fútbol sobre la superficie del desierto. Ignora que algunas culturas mesoamericanas lo alababan como a un relámpago en cinco gramos de carne y pluma. Que gracias a ellos los aztecas dejaron las Siete Cuevas del Norte para fundar Tenochtitlan a orillas de un lago, donde hoy, el hombre redondo está parado junto a sus dos hijos. Que los mayas, al verlos verdes y brillantes como un jade, los consideraron mensajeros de los dioses. Ignora que casi todas las especies están en amenazadas o en peligro de extinción. Que no existen estas aves en Europa, salvo por los sombreros que las mujeres del siglo pasado mandaban a confeccionar con sus plumas.

Lo único que sí sabe es el precio de los colibríes. Señala el de una esquina por ser el más común y de más bajo costo, se trata de un colibrí Hada Enmascarada, una de las especies más exitosas biológicamente; se distribuyen desde Ecuador, Colombia hasta Centroamérica y el centro de México.

—Sale en doscientos pesos —apunta el hombre redondo.

Unos diez dólares al cambio. Como los hay a peso los hay de lujo. Me muestra un colibrí Canelo. De la cabeza al dorso le baja un destello de luz verde bronce. El pecho se le hincha con un color canela inconfundible, dicen los que sí saben de colibríes que a este le gusta vivir en el nordeste mexicano. Adivinarán por qué su especie es apetecida en el mundo de los hechizos donde se cree que todo lo dulce es garantía de amor.

Contrario a lo que dicen los cuentos de hadas, los colibríes son en extremo malhumorados. O para ser más precisos, son territoriales a muerte. Todo por un racimo de flores. A la pareja de canelos los tienen en una jaula independientemente por miedo a que se maten con los del otro bando.

—Sale en quinientos pesos. Casi veinticinco dólares.

Pero no son las únicas especies en venta. Está el colibrí Cándido y el Cola Rayada. Algunos son una rareza absoluta y se parecen más a las moscas que a las aves por su tamaño. Los hay grandes como un canario. Se distinguen unos de otros como se distinguen las plantas por sus flores. Nada ha moldeado tanto el pico de los colibríes como los pétalos. Las heliconias, por ejemplo, requieren

de picos extremadamente curvos. Durante millones de años una de estas especies asumió el reto hasta convertirse en el colibrí Pico de Águila, el más curvo en el mundo de las aves. Lo mismo hizo el Pico de Espada para alcanzar el néctar del floripondio; el pico es más largo que su propio cuerpo. Pero la naturaleza sabe recompensar la astucia tanto como la perseverancia. El colibrí de Michel, el ave más pequeña del mundo, superó las fronteras de la propiedad privada imitando tamaño y vuelo de las abejas; otras especies más grandes le huyen por temor a ser picados.

El mercado de Sonora es un sitio común de turistas de todo el mundo a causa de su rareza. El hombre redondo me da detalles de su negocio pese a que intuye mi poco interés por comprar sus aves. La curiosidad se satisface como cortesía al visitante cuando viene con un bloqueador solar en una mano y una cámara en la otra. La venta de vida silvestre se exhibe bajo este techo, a los ojos de toda la sociedad mexicana sin que nada pase. El negocio a nivel mundial puede alcanzar los 23 000 millones de dólares. Esta es una de las sucursales del mercado negro de fauna y flora más importantes de América Latina. Un dato: un millón y medio de especies no identificadas o el doce por ciento de lo que se cree que existe en todo el mundo.

Sobre un jardín minimalista dos camaleones se niegan a cambiar de color. No hace mucho, en un operativo, la Procuraduría Federal en la Delegación de Iztapalapa, la más deprimida de la ciudad, logró asegurar 250 aves de cincuenta especies diferentes. Todas en peligro de extinción. El reporte afirma que los animales iban a ser vendidos por internet en México, Estados Unidos, España, Alemania, Rusia y Japón. Después de México, Estados Unidos es el segundo demandante de colibríes de contrabando. Su principal destino es el sur. Se oye decir comúnmente que las mujeres inmigrantes buscan nativos para contraer matrimonio como solución a su condición legal.

A simple vuelo, el norte de México se llena de espinas y el sur de flores. La mayoría de colibríes habitan los bosques tropicales de Yucatán, Chiapas,

Veracruz y Oaxaca. De las más de 330 especies que hay en el continente 58 son exclusivas de esos territorios. El tráfico de estas aves comienza en esos estados, en caseríos remotos y pobres.

No era la primera vez que me topaba con la mala suerte de los colibríes. Días atrás, de paso entre Tapachula y San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas, el bus se detuvo en el poblado de Ocosingo, donde tres niños indígenas nos ofrecieron un escudido Garganta Rubí sumado a una lora cuya especie no logré identificar. La vía atraviesa el Parque Natural Montes Azules. Eran las tres de la tarde y a las afueras de parador un hombre ebrio luchaba contra la gravedad. El viento olía a pino. Cada año los informes oficiales advierten sobre el rezago educativo y la inseguridad alimentaria de todos los pueblos que bordean esta vía.

Tres policías federales que prestaban guardia sobre la carretera me dijeron con descarada despreocupación que sus esfuerzos por controlar el tráfico de fauna y flora se limitaba a realizar operativos a “elementos móviles”, pero su ejecución dependía de la “orden de un superior”. Lo que se vende en la carretera son apenas “las sobras de los traficantes”, sentencia uno de ellos. Por eso es casi imposible determinar cuántas especies acaban traficadas en estas vías, que a su vez, son usadas por los carteles de la droga. De cada diez animales capturados ocho mueren.

En aquella ocasión pude constatar lo que ya decían los medios, que Chiapas, a todas luces, es el estado más pobre de México. Pero también, a todas luces, el que más biodiversidad guarda en sus montañas. Dos atributos que pocas veces salen bien cuando se juntan.

Pero no solo el desamor de los mexicanos conspira contra los colibríes. También el cambio climático promete desplazarlos hacia menores latitudes sin garantías ecológicas y con impactos incluso sobre la agricultura local. Plantas como el nopal, que integra la canasta alimenticia de los mexicanos, son fertilizadas por estas aves.

Quien esté frente a un relicto de bosque neotropical y sea paciente podrá notar que al igual que las personas, los colibríes se estratifican. Hay los que prefieren volar entre arbustos, los que anidan en el cielo raso del bosque y los que prefieren los espacios abiertos. Advertirá que no pueden caminar por sus pies cortos, pero para qué los quieren si tienen alas. Si tiene suerte verá que los machos mueven la cola de un lado a otro y dan vueltas como bailarines frente a la hembra de su gusto.

El bosque en cuestión se encuentra en la misma Ciudad de México. Por increíble que resulte, esta también es una de las metrópolis más biodiversa del mundo. A 2250 metros sobre el nivel del mar, la urbe se rodea de volcanes, uno de ellos, el Popocatepetl, aún esparce sus fértiles cenizas sobre el valle. Más al norte de la ciudad se puede encontrar un lugar donde un grupo de investigadores de la Universidad Autónoma de México luchan para dar un respiro de supervivencia a los colibríes.

En la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, un rincón rodeado de industria, Claudia Rodríguez Flores, alumna de doctorado en Ciencias Biológicas, ha



Colibríes de la especie *Glaucidium hirsutum*. Colección de ornitología, Museo de Ciencias Naturales de La Salle, Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM).

logrado con ayuda de sus compañeros diseñar un jardín en el que cada especie ha sido seleccionada entre un mar florístico de morfologías y rendimientos energéticos. El objetivo es que los ciudadanos se involucren en la conservación de esta especie por medio de bancos de néctar de fácil implementación. La idea original fue de María del Coro Arizmendi, infatigable luchadora por la vida de estas aves, quien sembró en 2014 las primeras plantas. Desde entonces otras facultades y colegios le han pedido este tipo de jardines para sus instalaciones.

María ha recorrido todo México recolectando cuanto colibrí cae en sus trampas de niebla diseñadas con fines de investigación. Desde el punto de vista ecológico los investigadores se muestran felices. También los financieros de la Facultad, porque el proyecto es en realidad de bajo costo. María y sus investigadores han logrado dar un salto más: en la Reserva Pedregal de San Ángel, al sur de la ciudad, han instalado la Estación de Monitoreo de Colibríes, la única en su especie, en la que participan estadounidenses, canadienses y mexicanos.

—Es para el monitoreo de la estructura poblacional —dice María. Unos sesenta años. Colorida. Alegre.

En otros tiempos, cuando los colibríes dominaban los caminos aztecas, había un lago aquí. Hoy queda una estación del metro por la que un millón y medio de habitantes van de sur a norte, todos los días. Un eco de esa época es la restauración ecológica que ha hecho la Unam en un rincón rodeado de avenidas y edificios. Vania Jiménez es investigadora de esta universidad y su función es perseguir colibríes para robarles el polen de su pico y cresta. Es por una buena causa. Así, Jiménez puede identificar el tipo de plantas que más

frecuentan para mejorar los jardines y los proyectos de restauración ecológica, si un día las autoridades gubernamentales se animan a seguirles el paso.

Un día de 2016, técnicos del Sistema Meteorológico de los Estados Unidos detectaron en un radar doppler frecuencias que no se comportaban como gotas de lluvias. Provenían de la frontera marítima con México. El seguimiento del caso llevó a un descubrimiento particular: una bandada de miles de colibríes se acercaba a sus costas desde mar abierto. Lo poco que se sabe sobre la migración de esas especies se debe a accidentes como esos. Se sabe que antes de viajar beben néctar hasta duplicar su peso. Pero de investigaciones como las que promueve María ya se derivan datos importantes. Y tal vez, también, el marco normativo que tanto ha deseado para la protección del colibrí mexicano.

Una conclusión: en un mundo de primeras impresiones lo que pareciera un asunto de amor ha derivado, en muchos casos, en una fórmula para facilitarse la vida.

—Le he insistido a mis hijas que no se casen con ningún chilango, que se busquen un extranjero y se marchen —dice Muriel, que vende tacos al interior del mercado, de donde salgo cortando camino por la sección de carnes. Hace calor y el aroma del copal disimula el humor denso que exhalan las cabezas de ganado. Hay restos de jabalí que cuelgan entre pernils de avestruz y pieles de caimán ceñidas a troncos de madera. Pero también hay animales que jamás había visto.

A mi espalda solo se escucha el ronquido de las viejas neveras. La mujer me sigue con la mirada; como si me advirtiera que afuera la ciudad anda suelta. ☹



Especies de colibríes. Colección de ornitología, Museo de Ciencias Naturales de La Salle, Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM).

Vestigios de éxtasis

por ÁNGEL CASTAÑO GUZMÁN

Ilustración: Hansel Obando

Tiranía melancólica

A l verlo cruzar la puerta lo supe: en las líneas de los poetas parroquiales abundan las referencias a las aves porque ellos hacen —hacemos— parte del inventario de la ornitología. J. J. Abella, Gavilán, se acerca al cubículo con el bamboleo de Napoleón de parque, de quien cree que el universo está en deuda con él. Saluda de beso en ambas mejillas a la secretaria del departamento y sin permiso se

apoltrona frente a mí. Por el cuello y las mangas de la camisa le salen las puntas del plumaje, y se le abultan en la espalda. Antes de dejarlo desenrollar su perorata, le muestro la palma de la mano pidiéndole guardar sus graznidos mientras concluyo unos versos: “...Te veo / y nada. / Ni el pálido deseo de antaño / ni la tenue alegría de entonces / ni el sol de la infancia de ciertos momentos. / Ahora eres pecho vacío / cara muda”. Estiro la espera para recordarle el orden

jerárquico en nuestra relación: soy Sirirí Ramírez, inmejorable apodo para quien ejerce la crítica literaria.

Al terminarlos y quedar nada conforme, estrecho la seca zarpa de Gavilán. No puedo dejar de reparar en su peinado de olas amansadas por el gel y en la extrema delgadez de su cara. El visitante tiene el vicio de los miopes: permitir el descenso de las gafas hasta la mitad del pico y mirar por encima de ellas. Desanuda el saludo y abre el

maletín. Ya sé el motivo de su presencia: viene a mostrarme poemas inéditos. En virtud de mi expediente académico —ensayos y monografías sobre los escritores del Gran Caldas, la mayoría alimentado de polillas— me he granjeado fama aldeana de inteligente, de oráculo en las cuestiones literarias. Esto no me produce el menor orgullo: ¿qué honor trae consigo ser el tuerto monarca en el reino de los invidentes? Mi modesta celebridad no da testimonio de dotes —tal vez de disciplina de monje—; en lugar de ello da fe de la medianía de los plumíferos de aquí. Tal prestigio me hace el candidato perfecto de los bardos para prologar sus poemarios o ser el primer lector de sus escarceos con las musas.

En efecto, Gavilán Abella extrae una resma de papel y me la acerca. *Trilogía de mutismo* leo en grandes letras en la primera página. Un vistazo arroja un resultado agríndice: se trata de un conjunto de sonetos de temas profanos —a la manera del Diabolo de Pereira— y amorosos. Dibujo en mi gesto el signo de pregunta: levanto las cejas, los hombros y las palmas.

—Quiero un prólogo tuyo para estos... —suelta y despliega un simulacro de sonrisa.

Casi siempre rechazo invitaciones de este tipo. Me escondo en la excusa de cien compromisos ineludibles. Cualquier cosa sirve para escurrir el bulto: largas jornadas en comités de la universidad, asesorías de tesis de grado o investigaciones chapoteando en el tinte-ro. Lo hago por pudor y para no agriar las amistades: mi pellejo conoce la afilada fragilidad que se siente cuando se buscan ojos evaluadores para las cuartillas propias. Si el lector lo ignora le basta imaginar sus miserias puestas en papel y sometidas al escrutinio del respetable. Espeluznante, lo aseguro. Pocos sentimientos se comparan a ese coctel de vértigo y duda paladeado por el poeta cuando abre la caja fuerte. Los segundos entre el final de la lectura y el dictamen son pegajosos, una marea de baba.

Le doy un chance. Le devuelvo los poemas diciéndole: muéstreme tres, solo tres, los mejores, y si me gustan, escribo mil palabras. Ni una más ni una menos. Gavilán se atraganta, tose, se pone patas a la obra. No tarda en su escogencia: veo con gusto que toma uno del inicio, otro de la mitad y uno del final. Siguí mi consejo: en una conferencia recomendé a los jóvenes poner en el pórtico, en el centro y en la salida del libro los escritos logrados, los mejores. Los leo. El reloj hace su labor de comenjén: el garbo y la pedantería del Gavilán Abella —lleno de sí hasta el borde, seguro de la brillantez de sus borradores— se evaporan con el tictac para darle espacio a un apenas perceptible temblor en el párpado derecho, a ríos de sudor en la cara y el pescuezo. Conozco

los poemas, publicados en un plegable universitario. ¿Qué decir? ¿Cómo llenar el vacío con oraciones justas pero benévolas? Con guantes de seda llamo a la inmadurez de la propuesta estética una búsqueda distante de las certezas y de la meta. Al oírme, recobra la compostura. Recompone el atuendo de galán de ninfetas, aplaca las hebras del peinado. Recordarlo me hace reír.

—Maestro Sirirí, diga eso. No quiero halagos, ni más faltaba. Quiero su justo concepto —así hablan los poetas de provincia: peroran, lanzan discursos.

—Hombre, Gavilán, ando corto de tiempo y no sé si pueda medirme al encargo —riposto con la falsa esperanza de salirme de la trampa.

—Maestro, lo espero, no hay afán. Escriba lo que quiera. Será un lujazo —sabe masajear el ego.

—Bueno, bueno. Lo pensaré —le respondo con el ánimo de librarme de él para después hacerme el loco.

Intermedio

Una gripe conspiró a favor del Gavilán Abella: por precepto médico Sirirí Ramírez reposó una semana. Despojado de distracciones —tiene las dosis necesarias de esnobismo para creer que las series de Netflix son sofisticados facsímiles milenarios de las telenovelas de los ochenta y noventa— emprendió la tarea de redactar una sobria nota para *Trilogía de mutismo*. Remitió la cuota prometida de letras y olvidó el asunto. Camufló los reparos, los ocultó en la dura prosa del docente experto: destinó varios párrafos a la poesía de la comarca y pocas frases al poemario en sí. Transcurrido un trimestre encontró en la correspondencia un ejemplar del libro con el prólogo: un modesto trabajo litográfico con pifias en el diseño. Sirirí lo hojeó por encima, lo guardó en una caja de zapatos debajo de la cama matrimonial: a ese lugar van a parar los *papers* en revistas indexadas y los prólogos con su rúbrica. Ese debió ser el punto final de la historia, ¿no? Pues no.

Musas leves

Al ver el mensaje de Ramírez en mi bandeja de correo electrónico la alegría desplaza al recelo. En la ventanilla del barrio compro tres botellas de vino, una cajetilla de cigarrillos y preservativos erizados. Le mando un wasap a Susi, la aprendiz de tatuadora, mi *crush* de fin de semana (en uno de los sonetos de *Trilogía de mutismo* menciono la curiosa coincidencia: los veinteañeros nombran al amor platónico con un vocablo que traduce aplastar). Susi es un milagro de la anatomía, la carne blanca de la manzana. La suya es una belleza arisca, próxima a la espina, lejana del pétalo. Llega pronto. Se quita las botas negras y con los dedos del pie, las medias tobilleras. Rápida, se deshace de un tirón de la blusa de tiras. Miro el reloj daliniano grabado con tinta china sobre el teclado de sus costillas. Descalza, husmea en la nevera, en la biblioteca. Esta chica no da respiro, una

nerviosa electricidad la recorre, la mantiene en movimiento. Le encantan mis piropos, se sonroja cuando le digo pata de conejo o talismán. Introduzco en el río de la charla el prólogo de Ramírez. Espero su reacción. Ninguna. Habla de Valeria, de la novia de Vicky, del meme enviado por Popeye, su gurú espiritual, de la reciente trifulca en el Twitter, del nuevo video de Yuya. Para Susi su voz es melodía —está enamorada de ella— y el silencio el enemigo al cual debe asediar, perseguir, eliminar a cualquier costo. Aprovecho un paréntesis en su metralleta para aludir de nuevo a Ramírez, al texto en mi *mail*. Hace muecas de molestia, finge espasmos de vómito, pero acepta leerlo.

Acostado en el sofá, libando vino, la escucho. Tropiezan en el filo de su lengua las palabras sinafe y sindéresis. Lo reconozco, Sirirí es un cinturón negro. Con rápidas pinceladas retrata la lírica. Define bien los desvelos románticos de Baudilio Montoya y el coraje vanguardista de Luis Vidales. Ya imagino las caras de los compañeros de taller pintadas a brochazos con verde envidia al enterarse del prólogo para mi libro. Muchos trataron de disuadirme de ir a su oficina a mostrarle mis poemas. Acudieron a la vieja leyenda urbana de Ramírez y el novelista *amateur*. El pobre muchacho le dejó con la secretaria el producto de un semestre de escritura, de vigiliass y privaciones. Al volver a la semana por el veredicto encontró una nota manuscrita de Ramírez anexa con un clip al manojó: “¿Lo rompe usted o lo rompo yo? R”. Levito: estos recuerdos y mi regodeo visual en Susi me hacen perder por instantes el hilo —¿qué verá ella en mí? No lo sé y temo averiguarlo—. Estalla en risas al verme en esta nube de beatitud. A veces la baña una luz de museo o de claro de bosque. A veces su chabacanería es insopportable, un reto enorme a la paciencia: las costumbres de masticar con la boca abierta y de dejar en el lavamanos sus tampones son misiles nucleares contra mi ataraxia. La sangre corriendo libre por la blanca loza me estremece. Los días pasan, las fisuras en el otro se agrandan, palidece el fulgor de la farsa. El hastío lo empolva todo, coloniza cada palmo del sexo y de la charlas en común. Hasta el orgasmo es una moneda triste y vieja.

Los enormes ojos de Susi me interrogan, me sumergen en un compasivo asombro.

—No sé mucho —dice como quien prepara el terreno antes de soltar la bomba—, pero creo que este tipo te toma el pelo.

Autónomas, mis manos van a la cabeza y comprueban la plucritud del cabello. Quemado por el rayo salto al comedor, le arrebató el portátil y le leo con lupa. Lo hago una, dos, tres: en cuatro ocasiones. Sopeso cada frase, interrogo los párrafos uno a uno. En todo el texto le dedica tres oraciones al libro en sí. Oigo en mi tórax un húmedo crac, un hueso se astilla, un árbol se desploma en mitad de la tormenta. Sirirí Ramírez me cree imbécil, tal vez lo soy. La ira crece, bota espumarajos y mardrazos por mi boca. En un santiamén los objetos a mi alcance vuelan hasta colisionar contra las paredes, se hacen añicos, estropicios: la botella de vino (¡plas!), el cenicero (¡crac!), el

computador (¡bang!). La mirada de Susi alcanza el tamaño de la hiperbole, el deseo la hace sudar, parece recién salida de la ducha, un caballo en plena hégira. Hijueputa, grito, rebuzno, ladro. Hijo de la gran puta, aúllo desde el vientre, con la bilis del fracaso inundando mi garganta. Lloro por mí y por Ramírez. Víctimas de idéntico monstruo: la poesía. La perra podrida nos dio a mamar veneno de sus tetas. Nos dio la sed pero escamoteó el talento.

En pago a los discursos de la siguiente campaña un edil con hambre de diputado aceptó pagar la mitad del tiraje de mi poemario. El dinero restante salió de mi magro sueldo de docente de escuela. Maté el anhelo de vender ejemplares y recibir reseñas en la prensa: de haberlas estarían firmadas por amigos interesados en el tráfico de influencias o en el intercambio de zalemas. *Trilogía de mutismo* es mi tiquete de entrada a un club detestable, el de los poetas conscientes de la naturaleza de su talento. En esa tribu los miembros inflamamos con helio nuestros torsos para compensar en algo el vacío de las obras. Repartimos los papeles de un libretto en el cual el trago y los fármacos confieren donaire a las almas secas. Organizamos festivales y editamos revistas —aprendemos a tocar las puertas del concejal, del alcalde, del empresario, del mecenas— para promocionar a los cofrades, para hacerle bombo al amigo que sabrá devolvernos la gentileza al invitarnos a su pueblo a recibir una medalla, un diploma. Usamos las antologías como premio a los aliados y azote a los enemigos. El tiempo dará a cada quien su lugar en la pirámide alimenticia de los poetas, del juicio nadie escapa. Eso lo sabemos. No obstante, nuestras maquinaciones procuran postergar el instante, aplazarlo un poco, huir del moho.

Así le cueste reconocerlo, nosotros justificamos el apostolado de Ramírez. Somos la paja en el granero, la maleza en el jardín. Él, poeta vergonzante y crítico implacable, ¿quién sería sin canciones chuecas, estrofas desatinadas, versos torpes para diseccionar? El fango incrementa el brillo del oro, lo hace puro, sublime. ¿Qué haría Ramírez con sus sarcasmos molotov si no tuviera a quien hacer blanco de ellos? ¿De qué le serviría su sapiencia espartana si en el mundo no hay bufones? ¿De quién se reíría con elegancia en *Santo Sonorilo*, su revista de reseñas? ¿Quién haría más cálido su exilio de los poemas, su divorcio con la lira? Con nosotros, los poetas minúsculos, prescindibles, la vida imita el trato del jibaro al adicto: reserva vestigios del éxtasis, migajas de ambrosía. A veces nos roza con el acero de sus puñales, hunde su lengua en nuestras bocas. Lo hace y huye, por eso hay versos sinceros —pocos— en nuestros libros, disimuladas perlas en medio del barro de los cerdos. ¿Quién conforta las fatigas del crítico? ¿Quién se compadece de su agonía de ser inferior a la vanidad?

A Sirirí Ramírez le haré una jugarreta: modificaré el prólogo, lo haré ridículamente elogioso, zalamero. Y lo incluiré en 499 ejemplares de los quinientos del tiraje total. En el restante, el que le haré llegar, irá su prólogo intacto. Será la forma de equilibrar la balanza. ©



Rodrigo D en Cannes

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Fotografías: Guillermo Melo

A propósito del Festival de Cine de Cannes, que terminó el pasado 25 de mayo, en 1990 *Rodrigo D: No Futuro* no pararía de ser aplaudida en la cuadragésima tercera edición de ese certamen, en el que, además de ser la única película en español compitiendo por la Palma de Oro, era la primera colombiana en hacerlo.

Las buenas nuevas acerca de esos aplausos a *Rodrigo D* se conocerían en Colombia apenas el domingo 13 de mayo, Día de la Madre, en las portadas de periódicos como *El Mundo* o *El Espectador*, a través de titulares como “Aplausos a *No Futuro* en Cannes” y “Más aplausos para *Rodrigo D* en Cannes” respectivamente. Titulares que pasarían inadvertidos, ya que esas dos portadas y las del resto de diarios del país se las robaban los tres carobombas que habían explotado el día anterior: dos simultáneos en Bogotá, en los centros comerciales Niza y Quirigua, y el tercero en Cali, en la zona de Invanaco, dejando un saldo total de 26 muertos y más de 200 heridos, y titulares doloridos en letras de molde: “La mafia enlutó el Día de la Madre”.

Esa misma semana luctuosa de 1990 saldrían a la luz varios artículos de la crítica cinematográfica mundial acerca de *Rodrigo D*: en el primero, publicado el 12 de mayo, a cargo de Luis Alberto Álvarez, los colombianos leyeron, entre otras cosas, lo siguiente: “La manera como quedan plasmadas en imágenes las

calles, las casas, las personas, es el primer testimonio fílmico importante de nuestra realidad urbana... Ahora podemos decir que ha surgido una imagen cinematográfica nuestra con dimensión artística y con toda la presencia realista y de verosimilitud que el cine confiere”. Unas imágenes cinematográficas tan nuestras que, un día después, el 13 de mayo de 1990, en el periódico *La Marseillaise*, en un artículo titulado “Las motos de Medellín”, los franceses leyeron: “Esta película no es de nosotros. No es nuestro universo. No es nuestra cultura. Esta película no cuenta nada. Es un signo de interrogación en el curso del festival... ¿Qué es esta película? ¿Un documental? ¿Una película de suspenso? Todo y nada a la vez. A medida que se desarrolla, se percibe, entonces, la intención del realizador: filmar sin cliché visual el no futuro, suerte cotidiana de la gente humilde de Medellín. En la película, las motos dejan rastros en las noches de esa ciudad, pero ya no tienen nada que llevar: ni civilización ni juventud. Estos muchachos no son ángeles del infierno. Son los niños de la nada y ya no tienen más tristeza. Es difícil comprenderlos. Es difícil verlo. Es por esto que había que hacer una película y hacerla así”.

Ese mismo 13 de mayo, pero en el periódico *Il Tempo*, *Lo Spettacolo*, en un artículo titulado “Colombia: Morir a los 16 años”, los italianos leyeron: “No existe un hilo conductor, los episodios se interceptan el uno al otro bajo la insignia aparente de la improvisación, pero

existe un orden narrativo en todo y una controlada lógica dramática, se siente que el director no solo está mirando, sabe también narrar, tomando esa realidad que conoce muy de cerca. ¿Convence siempre? De pronto insiste mucho en los detalles, multiplica los personajes alrededor hasta llegar a crear cualquier desorden, interrumpe la desenvoltura de los ritmos saliéndose del tema, pero los resultados a los que aspiraba los logra: el infierno gris de esa juventud sin futuro llega a describirnoslo con las tensiones justas y, sobre todo, logra crear verdaderos personajes salidos de una tragedia actual”.

También el 13 de mayo, pero en el diario *ABC*, los españoles leyeron: “Los jóvenes hablan con la boca pastosa, visiten los retales del punk, se atronan con la música de Sinistro Total y deambulan esquivando a la muerte, o no esquivándola. Gaviria ha instalado la cámara por allí y ha metido en ella a sus habitantes, a quienes recoge a golpes de secuencias entrecortadas, de hipos narrativos: no tienen futuro, ni historias que contar, ni palabras que decir, están ahí solo para que los mires y sepas que allí se madrugaba a las gentes sin que nadie lllore, o que el contenido vacío de una letra de Sid Vicious puede llenar todo un día, o que no tienen más cosa que hacer que liarse lo que les queda de selva y fumársela, y esperar tranquilitos a que alguien los acueste”.

Un día después, el 14 de mayo de 1990, en la revista *Time*, en un artículo

titulado “Lights! Camera! Murder!”, los estadounidenses leyeron: “La actitud de no futuro es el credo dominante entre los jóvenes de Medellín, Colombia, la capital mundial del asesinato: en 1989 fueron asesinadas 4033 personas en esa ciudad, 70% de ellas estaban entre los 14 y 19 años de edad. El 95% de sus victimarios, por su parte, no superaban los 21... Como deja claro el guión de *No Futuro*, los niños asesinos están emulando a héroes locales de Medellín como Pablo Escobar Gaviria (*no relation to the director*). Ramón Correa, coguionista de la película, dijo: ‘Pablo Escobar comenzó robando carros, justo como yo, luego se convirtió en el jefe de todo. Él es nuestro modelo a seguir’... Seis de los nueve actores principales han sido asesinados desde que se terminó de filmar la película en diciembre de 1986, entre ellos Carlos Mario Restrepo, quien murió el mismo día que *Rodrigo D* fue aceptada para concursar en el Festival de Cine de Cannes, a manos de tres adolescentes que le pegaron varios tiros en la cara con una escopeta recortada. Esa generación más joven, dijo Wilson Blandón, alias el Alacrán, uno de los protagonistas de la película, ‘está mucho más loca que nosotros’. Y puede que tenga aún menos futuro por delante”.

Finalmente, un mes después, en junio, en la edición 433 de la legendaria *Cahiers du Cinéma*, los cinéfilos del mundo leyeron: “Si *Rodrigo D* escapa a todo perfil tipo, es menos, sin embargo, por exceso de originalidad que por falta



de estructuración. De cara a la errancia cotidiana de los jóvenes desesperados de Medellín, Víctor Gaviria no quiso jugar al golpe de las imágenes. Su película capta los estallidos de vida, a veces sin brillo, a veces violentos, a veces simplemente bellos (una mirada, una luz, un sonido metálico de música punk, un pedazo de cielo: se llega casi a la abstracción), sin intentar darle impacto de flashes, recomponiendo lo real. *Rodrigo D* es una película en bruto que, más allá de toda organización metódica y eficaz del material, encuentra su cometido en la frontera de la contemplación y de la acción. Este extraño acercamiento del cine desorienta pero, por poco que uno se deje llevar por la corriente eléctrica de esta película, ella fascina como un viaje dentro de un nuevo fantástico. Víctor Gaviria tiene la franqueza y la sinceridad de no crear problemas demagógicos (¿cómo salvar a estos adolescentes, qué futuro construirles?) y de conservar una mirada personal. Él mira, él toma el pulso de la vida y, a su manera, el revés de las cosas. Él reencuentra el camino de las historias verdaderas que ya han sido contadas. Víctor Gaviria filma con una naturalidad que es la marca discreta de una verdadera naturaleza de cineasta”.

Posdata 1: Un mes después, el 24 de julio de 1990, en un artículo publicado en el periódico *La Prensa*, Rafael Chaparro Madiedo, sí, el de *Opio en las nubes*, escribiría, entre otras cosas, lo siguiente: “Una cosa ha quedado clara con *Rodrigo D*, el cine colombiano no es el mismo antes y después de esta realización”.

Posdata 2: Un día antes, el 23 de julio de 1990, abriendo el VII Festival de Cine de Bogotá, en el Teatro Colsubsidio, por fin se estrenaría *Rodrigo D* en Colombia. A la entrada se presentarían disturbios, causados por cientos de punks del sur de Bogotá, de Kennedy, Luna Park y La Fragua, que intentaban entrar sin invitación. En el camino, en un muro, dejarían este grafiti, simbiosis irónica entre el lema del discurso de posesión presidencial de César Gaviria y el título de la película: “Con César bienvenidos al futuro, con Víctor no futuro”.

Posdata 3: A la salida del Teatro Colsubsidio, el genial Carlos Mayolo declararía lo siguiente: “*Rodrigo D* es una película hiperrealista, que sobrepasa el devaneo con lo sociológico y penetra en la poesía del caos, y en la poesía en sí. Rebasa la poesía del testimonio, que es lo que a muchas cinematografías les costó mucho trabajo por andar sociologizadas. *Rodrigo D* es un trabajo que trata sobre la sociedad pero sobre una poesía que la misma podredumbre de la sociedad genera. Es un grito de humor negro, es un escándalo lo que produce, deja un sabor amargo y cambia el concepto de los distintos sabores de otras películas. Es una nueva sensación lo que produce y muestra una faceta distinta de un cine que debió haber sido más urgente antes, y no se hizo por bagajes literarios y por otras cosas de nosotros los cineastas”.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ENMASCARADOS DE ANTES

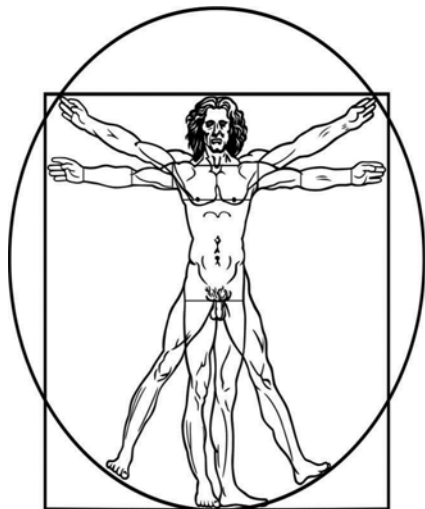
El sainete llegó a América, como tantas cosas, en los barcos de los colonizadores. En Colombia, al parecer, se afincó sobre todo en tierras antioqueñas. Sabiamente, su estructura teatral (uno a uno, los actores recitan sus parlamentos desplazándose en círculo sobre una superficie abierta) le permite desplazarse por casas, escuelas, plazas, fincas de veraneo. Renuncia este cronista, por miedo a repetirse, a intentar la descripción del sainete. Te remite, lector, al *Testamento del paisa*, de Agustín Jaramillo Londoño, quien, por cierto, incluyó el texto de varios en aquel libro emblemático.

Siempre ha admirado este servidor ese género, rabiosamente popular, aunque lo cierto es que solo de niño tuvo ocasión de verlo y oírlo, en la finca familiar donde pasaba las vacaciones; pero recuerda bien esa tropa ambulante que montaban, apenas para diciembre, unos cuantos campesinos de la vereda. Aquellas figuras enmascaradas, ataviadas con trajes de colorines, aquellas voces engoladas, despertaron en ese lejanísimo niño miedo primero, después fascinación. Hace mucho tiempo llegó a mis arcas, no sé por cuales vías, el comienzo de un sainete. Al abanderado corresponde, por así decirlo, alzar el telón:

Yo soy el abanderado
Que viene de la Turquía
A ver si me dan permiso
De entrar con mi compañía (...)
Y con esos o parecidos versos se inicia la función.
Casi ha desaparecido el sainete, pero aún se oficia, al menos, en dos lugares: una zona de San Cristóbal, y San Andrés, vereda de Girardota. San Andrés, reducto afro, se erige curiosamente como fiel sostenedor de esta antiquísima tradición hispánica. Un grupo de estudiosos, encabezados por la investigadora Ángela Sosa y la antropóloga María Teresa Arcila, logró escribir unas semblanzas, por fuerza precarias, de aquellos que dieron allí impulso y fuerza a tan añeja fiesta (el trabajo, admirable, no omite una advertencia: “...sigue siendo un enigma cómo un género teatral del Siglo de Oro español se arraigó en una comunidad campesina y cómo se apropió de él, adaptándolo a su medio). Publicó este estudio Ediciones La Librería, en un lindo formato que hace poco llegó a este zarzo. Las funciones, como siempre, serán en diciembre. Me propongo ir, si las cosas se dan.

CODA

En mis épocas, el adulto que confesara su afición a los cómics despertaba la curiosidad o el desdén de la gente seria, y solo unos pocos alimentábamos ese vicio secreto. Hoy las cosas cambiaron, por fortuna; no obstante, aún son casi invisibles los que se deciden a escribir sobre el asunto. Una feliz excepción es Felipe Ossa, autor de varios libros pioneros; el más reciente, *Cómic. La aventura infinita*, acaba de salir del horno. Es una especie de guía, si así puede decirse, de este arte más que centenario; y a lo largo de sus páginas Ossa prodiga su pasión, y reaviva la nuestra. Por lo demás, la edición es impecable y abunda en ejemplos gráficos; pero en ese punto los adictos somos insaciables. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



John Mario Cárdenas
De la serie Realidad Aumentada
Paila
Pertenece a Gloria Meneses, desplazada de Segovia, la usó 14 años.
Dibujo con lápiz, bisturí y óleo pastel
2016



John Mario Cárdenas
De la serie Realidad Aumentada
Olla aguapanelera
Pertenece a Rosa Palacios, desplazada de Urabá, la usó 21 años.
Dibujo con lápiz, bisturí y óleo pastel
2016

*Fotografías de Luigi Baquero

El guardián entre el celuloide

por OSCAR IVÁN MONTOYA L.

Fotografías: Luis Miguel Herrera Chaverra

Darío Fernández es el último referente de una galería de pioneros, inventores y visionarios que pusieron patrimonio, talento y prestigio en la búsqueda de un sueño llamado cine antioqueño. En su trayectoria de más de cincuenta años fue camarógrafo, director de fotografía, realizador, jefe de laboratorio y montajista. En 1972 fue reconocido como el mejor técnico en el revelado a color en Colombia, y miembro activo de la Sociedad de Ingenieros de la Imagen en Movimiento y la Televisión.

Su última obsesión es la custodia de un archivo de casi doscientas latas en 70, 35 y 16 milímetros, que contienen los vestigios de Procinal, la Promotora de Cine Nacional fundada en los años cincuenta por Camilo Correa; los restos del laboratorio de su mentor Guillermo Isaza, y lo que se salvó de la debacle de Inducine, la productora que montó en Medellín después de su regreso de Bogotá. La historia del archivo semeja una carrera de relevos en la que un guardián le cede el testigo a otro custodio, confiando siempre en que aparezca un pupilo dispuesto a servir de centinela del tesoro. El archivo ha rodado por bodegas, zarzos y terrazas. Fue salvado del agua, del fuego, de la ignorancia y el abandono. Ahora reposa en el laboratorio de don Darío a la espera de alguna institución o particular se haga cargo de él, ya que el cine solo le dejó las victorias morales y los bolsillos vacíos.

Fábrica de soñadores

El primer dueño del archivo fue Camilo Correa, cineasta antioqueño, “experto en fracasos y empresas químicas”, fundador del cineclub de Medellín y de Procinal, empresa con la que pretendía convertir a Medellín en el Hollywood colombiano. Hasta los años cincuenta la producción de cine en la región era inexistente, si se exceptúa *Bajo el cielo antioqueño*, una producción de los veinte que no tuvo precursores ni continuadores. El poco cine colombiano que se realizaba entonces se rodaba en Bogotá o en Cali, pero Camilo Correa, apoyado en un optimismo sin sustento, quería cambiar el estado de las cosas. Creía que Medellín, aparte de ser el mayor núcleo industrial del país, poseía ventajas como el clima, la luz natural, que era excelente inclusive en invierno, fluido eléctrico las veinticuatro horas del día, y distancias más cortas entre las locaciones. En 1946, con los restos de la Pelco y la Ducrane, dos productoras arruinadas, se lanzó a la concreción de su sueño más querido; luego, con el dinero de los socios se instalaron laboratorios y equipos, primero en Medellín y posteriormente en Itagüí. “Cada año me he dicho que el próximo nacerá la industria que el país tanto necesita. Pero el condenado cine nada que nace y ahora, en 1949, me encuentro en Itagüí tratando de montar otros laboratorios y talleres con la esperanza de que ahora sí nazca el cine, el más de malas de los hermanos de la industria nacional”, publicó en uno de sus manifiestos.

Desde su centro de operaciones inició la realización del Noticiero Nacional, especie de magazín donde se registraban sucesos como la llegada de la Vuelta a Colombia, la inauguración del estadio Atanasio Girardot, las fiestas del maíz en Sonsón, los Juegos Nacionales. Ya con más vuelo, Camilo Correa quiso darle vida al primer largometraje de Procinal, que se llamó *Cristales* y, finalmente, *Colombia linda*. Para poder cuajar su sueño viajó a Hollywood de donde trajo cámaras, reveladoras, *dollies*, trucas, copiadoras, trípodes. Para refinanciar la producción se lanzaron acciones que fueron adquiridas por obreros, empleadas del servicio, oficinistas, que invirtieron sus escasos recursos en esta empresa destinada al naufragio, pues si bien Camilo Correa era un hombre honesto, era autocrático y pendenciero, lo que lo condujo rápidamente a la quiebra. Así lo describe uno de sus contradictores: “Pero es que usted don Camilo se ha metido de gerente, administrador,



camarógrafo, extra, liquidador, portero, subgerente, cobrador, decorador, jefe de no sé qué, jefe de lo otro, libretista, encuadrador, director, operador, opositor, comandador y lo demás no es poco. Así no se llega a ningún Pereira don Camilo”.

Colombia linda fue estrenada en 1955 en cinco salas de Medellín, incluida la del Teatro Junín, una de las mejores de la época. Sin embargo, fue un desastre en taquilla, lo que trajo como consecuencia inmediata la liquidación de Procinal. Camilo Correa fue acusado de quiebra fraudulenta y terminó en la cárcel La Ladera durante ocho meses. Los equipos fueron rematados para pagar las deudas. En la diligencia judicial efectuada en Itagüí, el 25 de marzo de 1956, una moviola en perfecto estado fue vendida por veinticinco pesos; un equipo de filmación avaluado en treinta mil se entregó en seis mil, por los veintitún rollos que contenían *Colombia linda* dieron veintiún centavos, a un centavo el rollo. Los miles

de pies de celuloide se convirtieron en un encarte para el liquidador del tribunal, porque la casa donde funcionaba Procinal era arrendada, y dictaminó que fueran arrojadas a la quebrada Santa María. De manera providencial apareció Guillermo Isaza, otro pionero del cine antioqueño, quien se las llevó para el zarzo de su casa donde se escamparon durante casi cincuenta años, hasta el momento de su muerte, cuando otra vez se vieron abocadas a la destrucción.

Después del canazo Camilo Correa viajó a Estados Unidos donde vivió durante varios años. Murió en Medellín en 1990. Del antiguo Procinal no quedó nada, “solo un taburete embargado siete veces”.

El brujo de Itagüí

El segundo propietario del archivo fue Guillermo Isaza, un alquimista que no buscaba la piedra filosofal sino el revelado a color en Colombia, en un

momento en que nuestro cine era una imagen parpadeante y rudimentaria, y ejecutar ese proceso técnico era una utopía. Guillermo Isaza fue un prolífico inventor autodidacta, creador de máquinas increíbles, sonidista de Enoch Roldán, y maestro de Darío Fernández, quien llegó a su laboratorio en Itagüí siendo un adolescente, y aprendió los secretos del revelado de positivos, negativos y sonido, redescubrió fórmulas para el copiado, estudió los diferentes formatos de celuloide, se familiarizó con todo tipo de emulsiones, entendió la composición de los reactivos, se especializó en fabricar máquinas, piezas y repuestos inexistentes en el mercado.

A Guillermo Isaza se le reconoce haber sido el inventor de un proyector de 35 milímetros con sonido magnético para reproducir y grabar en cuatro canales, la impresora de contacto para 70 milímetros, la cámara para rodaje de películas en tercera dimensión, además de cerca de veinte mil piezas que armó a punta de lima. Participó en el procesamiento de *Raíces de piedra*, de 1962, de José María Arzuaga, la película fundadora de la modernidad cinematográfica en nuestro país, que fue censurada y no se pudo estrenar, y en la que Guillermo perdió plata. Aun así, manifestaba su orgullo de haber hecho posible ese trabajo. Su gran obsesión era revelar a color, propósito en el que trabajó por casi quince años, hasta que finalmente lo consiguió con sus métodos hechizos en *Guatavita: milagro de una civilización*, de 1971, un cortometraje de finales de los años sesenta, dirigido por Mónica Silva.

Durante más de diez años estuvo Darío Fernández al lado de su maestro, allí conoció el archivo de Procinal y le tocó realizar varias quemas, pues un buen porcentaje de las latas contenían celuloide fabricado en nitrato de celulosa, un material altamente inflamable, de difícil transporte y almacenamiento, que causó varias explosiones e incendios en cines y lugares en los que se comercializaba. Fueron casi 250 latas que se incineró, ya que el mismo Guillermo Isaza, a pesar de la pasión que profesaba por el cine, bromeaba de vez en cuando y aseguraba que “solo por amor me acostumbré a dormir en mi casa con dos peligros: las películas de nitrato y mi señora”. De este archivo Guillermo Isaza vendió una parte a Patrimonio Filmmico Colombiano, y otra a Pacho Muñoz, otro de sus aprendices.

Guillermo Isaza no supo sacar provecho económico de su inagotable creatividad. Se mantenía aislado en su gabinete de Doctor Fausto, y nunca patentó sus inventos ni los produjo en cadena, y cuando fue despojado de sus medios para ganarse el sustento con el cine, se vio obligado a dedicarse a la reparación de impresoras para computador y cabezas de sonido de proyectores de 70 milímetros. “Si don Guillermo no hubiera sido tan misántropo, y se hubiera arriesgado a salir de Itagüí, estoy seguro que hoy en día sería reconocido como uno de los hombres más importantes de la historia del cine colombiano”, asegura su pupilo preferido.

Su último y descabellado proyecto fue construir un televisor en tercera dimensión.

Todos los colores de la oscuridad

Con su experiencia de aprendiz de brujo recogida al lado de Guillermo Isaza, Darío Fernández viajó a Bogotá, donde fue requerido por Jairo Mejía Flórez, dueño de Bolivariana Films, el primer laboratorio equipado para revelar color en Colombia de manera industrial.

En nuestro país ya se venía rodando en color desde *La gran obsesión*, en 1958, película dirigida por Guillermo Ribón Alba; no obstante, hasta el momento, solo Guillermo Isaza había conseguido la proeza de revelar en color con sus métodos artesanales. Con su precaria historia cinematográfica, nuestro país había tenido, paradójicamente, decenas de laboratorios de revelado, todos técnicamente muy limitados, inclusive para las labores en blanco y negro. Este servicio se prestaba en Estados Unidos o México, y solo hasta agosto de 1971, en un momento histórico en el que estaba despegando la ley del sobreprecio, vino la necesaria respuesta técnica como un gran impulso para la llegada de capitales y un mayor dinamismo en nuestra aletargada producción.

Darío Fernández fue nombrado jefe de laboratorio y le tocó procesar las películas, documentales y cortometrajes de cineastas como José María Arzuaga, Julio Luzardo, Carlos Álvarez, Diego León Giraldo, Camila Loboguerrero, Leopoldo Pinzón, Sergio Cabrerá, Lisandro Duque, Ciro Durán, Jairo Pinilla, Carlos Mayolo, Gabriela Samper, Luis Ospina... aunque una buena parte de los ingresos de la productora provenía del magazín Cine Noticias: Colombia y el mundo todo color, que era dirigido por Luis Alfredo Sánchez, quien estaba recién desempacado de la antigua Unión Soviética. Durante este período Darío Fernández incursionó en la realización con *Día uno*, de 1974, y *Un paraíso del Pacífico*, de 1980.

Bolivariana no solo ofrecía sus servicios como laboratorio, también se embarcó como productora y participó en proyectos como *La ópera del mondon-go*, de Luis Ernesto Arocha, en 1975, y la grotesca y muy taquillera *Holocausto canibal*, de 1981, dirigida por el italiano Ruggero Deodato, en la que Darío Fernández participó de manera tangencial. Pese a que su gusto lo inclinara por las grandes superproducciones tipo *Los diez mandamientos*, no le resta valor a este trabajo: “Es una película bien hecha, técnicamente irreprochable, sobre un tema que gustó mucho en su momento, que a nivel local e internacional funcionó muy bien en taquilla, pese a la censura, o mejor dicho, gracias a ella. Eso es lo que necesita un productor. Si quiere sacar adelante los proyectos, primero tiene que aprender a realizar películas que den plata”.

Punto de quiebra

Después de casi una década en Bolivariana Films, Darío Fernández regresó a Medellín con el ánimo de formar Inducine, Industria Cinematográfica de Antioquia, una productora que prestaría servicio de laboratorio y realizaría proyectos propios en cortometraje y documental. Allí publicó durante cuatro años la cine revista Antioquia en acción. Y con los mejores equipos comprados en Bogotá y el exterior se dispuso consolidar el viejo sueño de Camilo Correa y Guillermo Isaza de convertir a Medellín en una meca cinematográfica. Pero los tiempos habían cambiado dramáticamente: “Me vine de Bogotá en donde estaban mis amigos editores, sonidistas, camarógrafos, realizadores, operarios de laboratorio, cuando llegué a Medellín me percaté que la movida cinematográfica estaba estancada, y que mis amigos y colegas de generación habían muerto, ya no vivían en la ciudad, o se habían dedicado a actividades menos riesgosas que el cine”.

Pero fue con la llegada de los formatos en video, y posteriormente en digital, que Darío Fernández recibió la cornada mortal, y lo que siguió fue una



lenta y cruel agonía. Los clientes desertaron, el efectivo en los bancos se esfumó y las deudas no dieron espera. Su bancarrota coincidió con la crisis de la exhibición cinematográfica que cerró los teatros en pueblos, barrios y los centros de las ciudades. Ya no había pantallas para exhibir Antioquia en acción que era prácticamente su única fuente de ingresos. Y de esta manera se repitió la historia de Camilo Correa, y a Darío Fernández le tocó vender sus activos por una miseria para pagar deudas contraídas en el montaje de Inducine, y el poco patrimonio en dinero fue devorado rápidamente por el arrendamiento de la sede donde funcionaba su productora. Pero tampoco se arrepiente de sus esfuerzos: “Perdí la profesión, los equipos, los clientes, el laboratorio. Después de Camilo Correa y Guillermo Isaza no se pudo hacer ni el cine colombiano ni el antioqueño, ni siquiera el de Medellín. No nos tocó a nosotros, pero perdimos la mecha que hoy mantiene viva Víctor Gaviria y los que vienen detrás”.

Con la venta de unas propiedades rurales logró sobreaguar el mal momento, y se retiró a vivir con su familia en el barrio La América.

El tesoro errante

Cuando pensaba que los quebraderos de cabeza propiciados por el cine habían finalizado, se enteró de que a la muerte de su maestro Guillermo Isaza, su familia no sabía qué hacer con las latas que reposaban en su casa en el barrio San Pío, en Itagüí. Has-

ta allá llegó Darío Fernández y las recogió de un patio en el que estaban a sol y agua, las organizó lo mejor que pudo en el cuarto de San Alejo de su casa, donde, para su desgracia, fueron atacadas por el implacable síndrome del vinagre, que se ensaña especialmente en el celuloide fabricado en acetato de celulosa. El síndrome comienza con un aumento progresivo en los niveles de acidez y, una vez

infectado, el celuloide libera ácido acético, el olor particular y mareador de la película en descomposición. En grados muy avanzados, como el último descarte en 2016, la emulsión libera burbujas y el color de la gelatina se torna violeta, azul o rosa, y se vuelve inservible.

Gracias a algunas becas en conservación de patrimonio se consiguió aislar los rollos de celuloide en latas individuales, y se clasificaron las aproximadamente doscientas unidades en cinco grupos bien definidos. El núcleo más antiguo corresponde a las legendarias latas salvadas de las aguas de la quebrada Santa María; un segundo, a los materiales de Guillermo Isaza; un tercero, a la cine revista Antioquia en acción; un cuarto bloque lo conforman piezas publicitarias para Nestlé, Seven Up, Pony Malta, Chiclets Adams; y un último contiene piezas heterogéneas como fragmentos del documental *El caso Tayrona*, de Diego León Giraldo, apartes del trabajo sobre el pintor Oswaldo Guayasamín, la visita del papa Paulo VI a Colombia y varios registros sobre la Feria de las Flores. La única manera de rescatarlo sería sometiéndolo a un proceso de digitalización y almacenamiento que evitaría que se pierdan en el olvido las millones de imágenes que se encuentran dentro de las latas, como el genio que duerme en el fondo de la lámpara maravillosa.

Reconoce con el dolor en el alma que el archivo le ha generado más contratiempos que alegrías, y solo está a la espera de que algún particular o entidad pública “adopte” este tesoro audiovisual que ha atravesado más de medio siglo de nuestra historia. Darío Fernández no pierde su talante y buen humor, y cuando se le pregunta si volvería arriesgar patrimonio, talento y tranquilidad por hacer cine, responde muy orondo: “Yo le jugué todo lo que tenía al cine y el cine me dejó sin un peso; sin embargo, a ver jovencito, qué tiene para mí. Sigo escuchando ofertas”. ☺

9 de abril

por JOHN HENRY FLÓREZ LÓPEZ

Ilustración: Laura Mejía-Posada

Residente. No es usted de mucho entender motivos, pero debe comprender que no es mi intención engreírme de un verbo incomprensible ni retórico, por eso, quiero que el...

Gaitán arrancó de un tirón la hoja de la máquina de escribir, hizo una pelota y la arrojó con gran precisión en la papelera acomodada debajo de la ventana de su oficina, a unos diez pasos de su escritorio. Era su quinto acierto a la canasta y su quinto fracaso en la escritura.

No, no es esta la manera de dirigirse a la oligarquía rapaz —dijo en voz alta y meneando la cabeza—. Tanta galantería y reparos verbales se vislumbrarían, por desgracia, como una muestra de adulación, de lisonjería. Y no. ¡No se puede permitir tal lectura!

Escoró a la derecha, abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó otra hoja; la acomodó al rodillo de la máquina de escribir y continuó:

Señor M4ri4no Ospin4 Pérez. No he olvid4do el 4sunto pendiente. Comprender4' usted que tengo d4ñ4d4 un4 tecl4 de l4 m4 quin4 de escribir. Y4 h4br4' 4divin4do cu4' l es, de eso estoy seguro. Por t4l motivo, le escribiré de nuevo m4ñ4n4, 10 de 4bril, cu4ndo h4y4 resuelto el problem4.

Jorge Eli... La puerta de la oficina se abrió antes que terminara de escribir su nombre; era Cecilia, su secretaria: —Doctor, disculpe. No le vi llegar esta mañana y... —Llegué temprano, Cecilia. Toda la mañana he tratado de escribir una carta a la dirigencia conservadora —se tomó la cabeza con ambas manos—, pero esta máquina me está dando lidia —golpeó suavemente el aparato.

—¡La lidia se la da usted mismo! —hizo una pausa, frunció el ceño y continuó—: yo se la hubiera podido redactar.

Gaitán cerró los ojos un momento, pensativo y envuelto en una nube de duda. Finalmente, repuso:

No era necesario —acabó de escribir su nombre en la hoja y la sacó del rodillo. Giró hacia Cecilia y continuó—: esos son asuntos de honda intimidad, se hacen con letra propia y se resuelven por mano propia.

Bueno, usted sabrá por qué lo dice —se quedó en silencio un instante—. Otra opción es que yo me venga para acá y usted se vaya a mi oficina. Así podría...

¡No, Cecilia, no! Haga de cuenta que el pueblo se ha pronunciado. Le agradezco —se puso de pie y se acercó a ella—. Más bien, envíeme esto al Palacio —estiró el brazo y le entregó la carta.

Doctor, pero será después de almuerzo porque mire la hora que es.

Gaitán, como guiado por una instrucción inexorable, levantó la manga de su saco y vio que el reloj marcaba las 12:40 del mediodía.

Sí, Cecilia. No queda de otra —dijo—. Aunque yo no pienso salir ahora. Si puede, me manda o me trae unas manzanas —sonrió y le guiñó el ojo.

Por supuesto, doctor, manzanas ROJAS —dijo sonriente—. Ah, qué pena, se me estaba olvidando preguntarle, ¿cómo le fue en la defensa del teniente Cortés?

¡De maravilla! No me podía ir mejor. Ha sido la mejor defensa de mi carrera —Gaitán paró de golpe, frunció la nariz y añadió—: ¿Cecilia, no siente esa peste? Ya me tiene con náusea.

¿Peste? No. Aquí no hay ninguna peste. No huele a nada —respondió Cecilia enarcando las cejas—. ¡Ay, y qué bueno por la defensa! —sonrió—. Me alegro mucho por usted.

Cecilia volvió a su oficina, levantó un fardo de papeles viejos que tenía amontonados sobre el escritorio y cubrió con ellos la carta que Gaitán le había entregado. Cogió su bolso del perchero y se dispuso a salir.

Hizo un gesto de descuido, vaciló el paso y se devolvió a la oficina de su jefe.

Doctor, se me olvidó contarle algo. Ayer, en dos ocasiones, vino a buscarlo el señor Fidel Castro, el cubano, el mismo que usted atendió el miércol...

Sí, el del Congreso de Estudiantes. Él vino con otro. Aquí los tengo anotados —Gaitán sacó una libreta, revisó los registros de visitas y leyó—: “7 de abril. Fidel Castro y Rafael del Pino. Petición de acompañamiento para dar cierre del Congreso Latinoamericano de Estudiantes”. ¿Qué quería?

La primera vez no dijo mucho. Llegó a eso de las dos de la tarde y no saludó. Me causó miedo, tenía los ojos saltones, como de loco. Me dijo que lo necesitaba urgente, que a qué horas llegaba. Como no supe darle razón, se fue manoteando.

Gaitán soltó una risotada y se acercó a ella.

Bien díscolo es este cubano. Me gustan estas juventudes, Cecilia. Me gustan y me han gustado los obstinados, me gustan sus entregas y sacrificios aun cuando parecen estar equivocados.

Cecilia metió la mano en su bolso, sacó un sobre de manila y continuó.

La segunda vez vino más calmado y me pidió que le entregara esto —ofreció el sobre a Gaitán.

¿Usted ya lo abrió?

No, doctor, ¿cómo cree? Hasta parece que estuviera vacío, no pesa nada —dijo mientras agitaba el sobre.

Bueno. Vaya almuerce tranquila.

Cecilia desanduvo el camino hacia la puerta de salida. Contó mentalmente, por costumbre, los pasos que la separaban de esa puerta hasta el ascensor: quince pasos cortos debía dar la suma; había contado nueve cuando sonó el teléfono. Se devolvió apresuradamente. Los nueve pasos que había dado de ida se convirtieron en cuatro de vuelta. Descolgó el teléfono.

Oficina del doctor Jorge Eliécer Gaitán, habla Cecilia...

Aló, aló fuerzas generales izquierdistas. Aló, aló fuerzas generales izquierdistas de Colombia, les habla Jorge Gaitán Durán. ¡Levántense en rebelión, alcen su puño! Aló, aló fuerzas genera...

Cecilia colgó de golpe. Tenía el rostro demudado. La voz que escuchó al otro lado del teléfono le pareció sentenciosa. Se quedó pensando un momento y, rauda, resolvió salir de nuevo. Volvió sus pasos, crispó su mano en el picaporte y, en ese preciso instante, escuchó la voz de Gaitán que la detuvo de un tirón, como si se hubiese enlazado en su cuello.

¿Quién era, Cecilia? —gritó Gaitán desde su oficina.

Cecilia balbuceó. Luego guardó silencio por tres largos pasos en los que intentó volver a la oficina de Gaitán, se detuvo y al fin resolvió.

Nadie importante. Una amiga que me está esperando para almorzar —recogió sus pasos y una vez afuera pegó un portazo.

Gaitán palpó el sobre que le dejó Fidel Castro. Al principio pensó que era una broma, no sintió nada al tacto. Lo abrió, observó el interior y explotó la palma de su mano izquierda, sobre ella cayó una moneda de cinco centavos con un rasgo particular, tenía la efigie áspera, rugosa, como si la hubieran raspado sobre el asfalto. Continuó observándola y alcanzó a distinguir el año de fabricación: 1948.

Cubano loco —pensó sonriendo—: ¿qué valor tiene una moneda gastada en sí misma? ¿De qué sirve un año sin rostro? —la iba a lanzar por la ventana cuando lo sorprendió un chirriar de goznes detrás de sí. Volvió el rostro y cerró el puño sin soltar la moneda. Era Plinio, su amigo, un hombre gordo y rosado, con una gran cabeza de pelos grasientos. Estaba

parado en la entrada de la oficina y sonreía mientras observaba a Gaitán.

Jorge, lo estaba esperando abajo —dijo Plinio— y en esas me topé con Cecilia. Me dijo que usted pensaba quedarse en la oficina, entonces, en función de nuestra amistad vine a rescatarlo —se acercó a Gaitán y le dio un fuerte abrazo.

No hombre Plinio, si hoy no tengo ganas de salir a almorzar. Mire que con el juicio de anoche quedé más que satisfecho.

Vamos, no se haga rogar. Además tengo una cosa que contarle.

¡Qué son esas cortesías! —Gaitán se encogió de hombros—, lo escucho.

No, aquí no le puedo decir —Plinio se rascó el entrecejo—. Es algo fuera de los menesteres laborales, además, le conviene. Es casi un premio —extendió las manos con las palmas hacia arriba—, pero solamente será merecedor de él si me acompaña.

¿Qué misterio el suyo! Periodista tenía que ser —Gaitán se hizo a sus espaldas, le puso la mano derecha sobre la cabeza y la agitó suavemente—. Además ni hambre tengo. Este olorcito a peste me tiene mareado. ¿No lo siente?

¿Olor? ¿Cuál olor? —Plinio meneó la cabeza—, yo no siento nada. —De pronto se quedó en silencio, brotó los ojos, crispó los puños a guisa de triunfo y resolvió—: ¡Le tengo el remedio! Camine le invito una copa de aguardiente, eso le abre el apetito y, por ahí derecho, se untan dos gotas en las fosas nasales y eso le espanta ese olor. ¿Qué dice?

Gaitán soltó una carcajada.

¡Está bien! ¡Está bien!, me convenció. Haré una restauración de mis motivos para dejarme invitar. Pero, eso sí, le advierto que yo salgo caro —sonrió—. Ha de tener recia la billetera.

Alargó sus pasos hacia el perchero y se puso el sombrero. Cuando estaban cruzando por la oficina de Cecilia, sonó el teléfono.

No conteste —dijo Plinio—, estas no son horas de llamadas. No vamos a alcanzar a hablar —el reloj marcaba la 1:00 de la tarde.

Puede ser importante —repuso Gaitán—. ¿Qué tal sea el pedido de manzanas que le hice a Cecilia? —sonrió.

Descolgó el teléfono, era su esposa.

Hola Amparo, ¿todo está bien? La oigo agitada. ¿Está con Gloria? —preguntó él con preocupación.

...

No se preocupe por eso —dijo con una mueca de tranquilidad.

...

¡Además, el día que eso pase las aguas de este país se precipitarán rabiosas y no volverán a sus cauces hasta cien años después!

...

Gaitán se despidió y colgó el teléfono; Plinio se apresuró hacia él.

¿Pasó algo?

Nada, ¿qué va a pasar? O sí —continuó sonriente—, pasa que otra vez huele fétido y usted se me va a echar para atrás con el aguardiente.

Cuando subieron al ascensor era la 1:03 de la tarde. El descenso tardó poco más de veinte segundos. La puerta se abrió. Plinio se pasó la lengua por los labios, tomó a Gaitán de gancho y lo condujo hasta la salida del edificio.

Bueno —dijo Gaitán—, ahora sí cuénteme qué es eso tan importante que me tiene que decir.

Plinio guardó silencio. Desconcertado miró la extensión de la carrera séptima. Le pareció contar poco más de veinte rostros repartidos en las aceras, todos le parecieron iguales, todos eran Gaitán. Sintió que la imagen del caudillo se multiplicaba en sus devotos: emboladores, vendedores, choferes, meseros, tinteros, legistas, mecánicos, saltimbanquis, pelanduscas, trapaceros, calanchines: todos tenían un mismo rostro, una misma expresión y un mismo color.

¿Qué le pasa Plinio? —preguntó Gaitán.

Nada, hombre, ¡nada! —Plinio se zafó del brazo de Gaitán, agachó la cabeza y le dijo—: espéreme, ya vuelvo —se apresuró y cruzó la calle. Gaitán se quedó observándolo hasta que se perdió en un grupo de personas.

A la 1:05, cuando recién iniciaba la tarde, también, de súbito iniciaba la noche. El fragor de tres explosiones resonó en Bogotá. Gaitán se desplomó a pocos pasos del umbral del edificio Agustín Nieto. Junto a él repicó un tintineo, giró la mirada cansada en busca del sonido y, con cara al cielo, reconoció la moneda de cinco centavos que le había regalado Fidel Castro; pero ya no estaba rugosa: era tersa, bruñida, limpia. La efigie y el año se revelaron ante sus ojos velados por cortinas de sangre. El año 1948, la efigie su propio rostro indígena. Miró su reflejo en el diminuto disco y descubrió su cabeza diademada por la palabra “Libertad”. Reconoció su imagen en ese espejismo de cobre. El sol, espectador tardío, se filtró por los densos nubarrones que a esa hora orlaban el firmamento, estiró sus largos dedos de nívida luz y cayó de lleno sobre el rostro de Gaitán, sobre la efigie de la moneda y, en el reverbero, comenzó el incendio. ©



Ramiro Tejada Rendón (1954-2019)
Abogado, actor, director, gestor y, ante todo, crítico.
Miembro fundador del grupo Exfanfarria Teatro.



Los atenienses tenían fama de hospitalarios. Sin embargo, en el germen de ese rasgo había algo más que filantropía, había utilitarismo. Ese hombre menesteroso que tocaba a sus puertas pidiendo un mendrugo, bien podría ser alguna deidad mutando brevemente de condición al descender del Olimpo. Morir, aun desde el agnosticismo, sigue siendo irse, migrar y, para algunos, regresar. Y puede que sintamos que nos quedó pendiente algo con quien muere. Así no haya habido alguna promesa, que como Borges anota, tiene siempre algo de inmortal. Me duelo de que mi último encuentro con Ramiro Tejada fuera teñido por un gesto algo mezquino de mi parte: limitarle los datos compartidos desde mi celular, los cuales necesitaba para ubicar la hora exacta de un concierto al que se dirigía luego de salir del evento en el que estábamos, la clausura de un taller de literatura dirigido por el poeta Robinson Quintero. Tengo un atenuante. Le di tiempo de que buscara lo que necesitaba y mi empresa de telefonía estaba extremando su tacañería con mi plan para esa clase de servicios. Lo observé salir con prisa del salón situado en el cuarto piso del Palacio de Justicia, con su gabán café, dejando

una estela jovial sobre ese grupo de tristes funcionarios. Nunca más lo vería vivo. Ramiro seguía en esa fría noche su camino sobre la ciudad. Un camino que si pudiera reconstruirse en un mapa que abarcara toda su vida podría ilustrar kilómetros enteros del acontecer cultural de Medellín, para usar una expresión absolutamente acartonada y ajena al espíritu de ese duende burlón. Alguien, en su velorio, mencionó la palabra ubicuidad para signarlo. Volteé a mirar a ese lúcido contertulio que señalaba un rasgo definitivo de Tejada. Podías verlo saltar como un poseso en el concierto de Lionel Hampton a las ocho de la noche, en el teatro de la Universidad de Medellín, cuando apenas una hora antes había hecho dos o tres atinadas preguntas al filósofo del lenguaje que daba su conferencia en la Biblioteca Pública Piloto. ¿Cómo sorteó el tráfico imposible, en el momento más arduo, para estar en dos lugares donde lo mejor de la ciudad acontecía? Había algo irreal en él. Su actuación en las tablas no era tal vez sobresaliente, pero su vida rebosaba gestos. Y el libreto era suyo. Y era bueno. Dirigía y producía su vida, sin concesiones. No pactó con el poder para hacer adaptaciones y más bien hizo de caballo de Troya

El libreto de Ramiro

por ORLANDO GALLO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

en la elección de un alcalde de la ciudad, donde en el banquete de la derrota expresó su lema sin reato: “De derrota en derrota, hasta la derrota final”. Fue un anarquista sin pólvora, como debe ser. Supongo que en París o en Nueva York pululan estos bufones que con su sola presencia cuestionan el *statu quo*, algunos con doctorado en Yale. Pero Medellín es un pueblito que queda muy lejos de todo y Ramiro Tejada fue un lujo de modernidad que pudimos darnos. Y yo fui su amigo. Y aunque fundamentalmente compartimos en el estudio del derecho, presenciando la disección implacable que el maestro Carlos Gaviria hacía de H. L. A. Hart, nunca me vio como abogado y más bien, cuando en la desolada y maltrecha plazuela de La Alpujarra coincidíamos, me gritaba a los cuatro vientos: ¡Poeta! Ramiro transitó de irreverencia en irreverencia por el mundo. Pero al despedirlo, se impone lo sagrado. Una oración, si no estuvieran tan gastadas. Unos versos que nombren su trashumancia. Encontré estos de un poeta de mi altar, el envigadeño Mario Rivero: Como cualquier muchacho escapado de la casa, ‘hago las calles’ de la ciudad y me familiarizo con su tacto... las hago hasta el final, por la luz, por la sombra, ¡hasta extenuar el corazón con su asfalto! Me gusta su fragor, ¡el fragor de la calle dura y maloliente, el baño de la vida! hasta el fin, hasta el alba, este viajar entre hombres extraños, gente distinta, a quien no necesito, gente encontrada sobre la ribera, a lo largo de la creciente del día, O, gente planeando sola en la noche, existiendo en carne y hueso, pero que va apagándose, desapareciendo, hacia sus cosas, hacia el destino, hacia el trabajo, o la vida... ©



Dos poemas

PERO

I
Colgado
del árbol en el corregimiento de Santa Elena el
01 de mayo;
pendulado
desde el balcón en el barrio El Trapiche de Bello el
08 de junio;
suspendido
sobre el barranco en el barrio Campo Valdés el
22 de julio;
sujetado
de la viga del parqueadero en el barrio Belén el
27 de agosto;
exhibido
en el poste de la avenida Regional el
19 de noviembre;
o cosechado, incluso, en silencio.

Es fruto el hombre cuando tiene
por pedúnculo una soga
que se extiende
cada día.

Pero,

qué viene a nutrir.

II
Por el río
bajan peces que parecen
frutos, y
se acumulan rocas bajo las ruedas
del Metro que parecen
frutos y,
simientes
también
paren los autos,
bolsas
con esquejes y
frescos frutos completos.

Alguien quiera quizás
tomar
la delantera, detener
esta abundancia.

No caer en
pedazos sin
percatarse de que
sepamos un nombre.

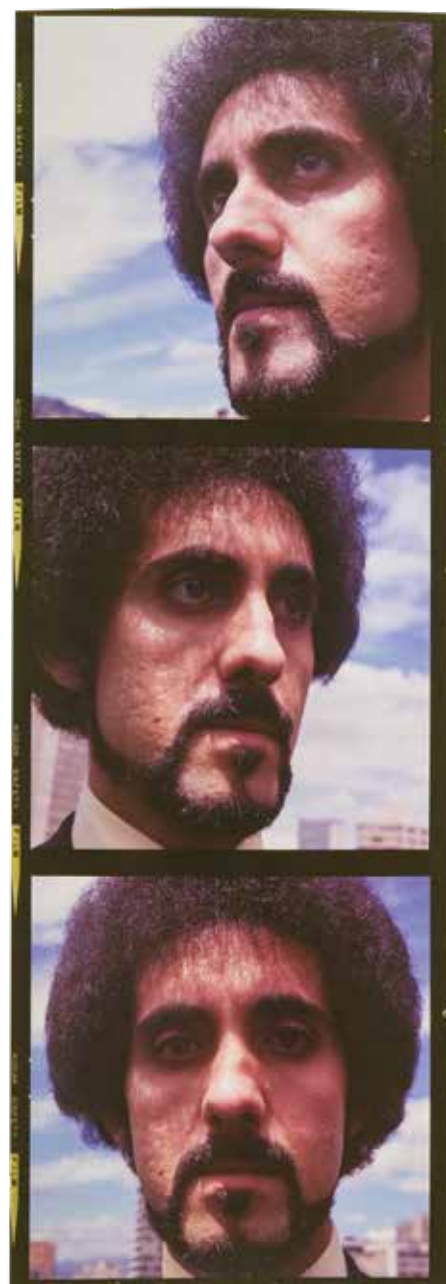
Una cosecha
amarga se recoge
en este
valle cada día.

Juan David Jaramillo

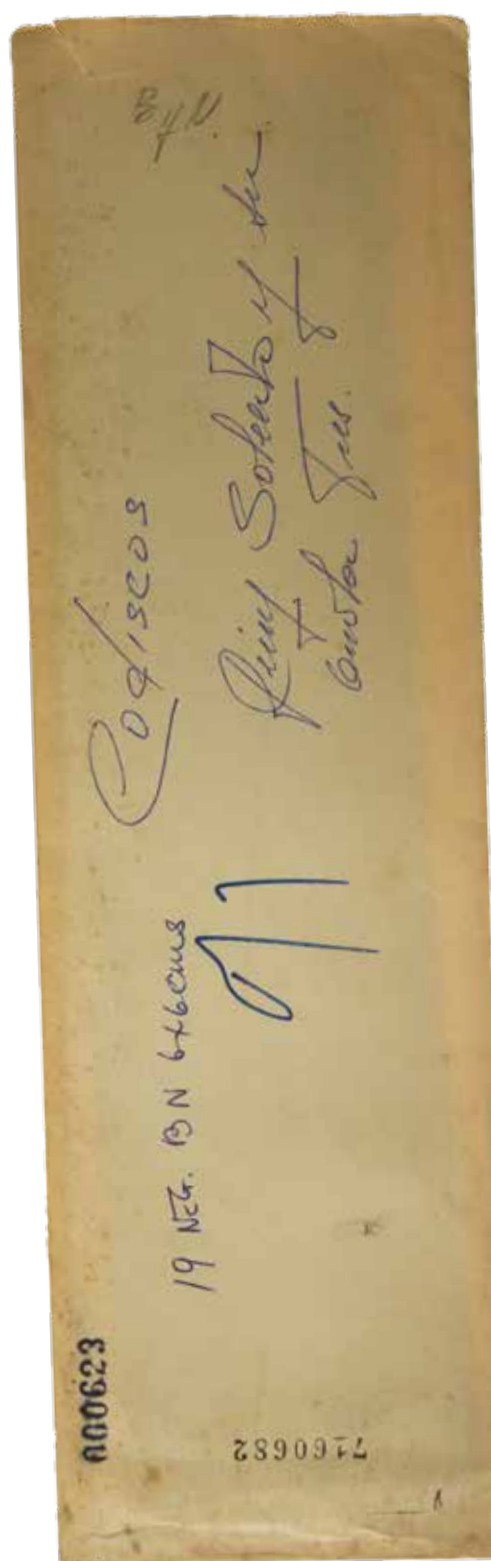
Antes

Antes
Mi hijo decía luenga
en vez de lengua.
Yo no lo corregí
ni una sola vez.
Amaba el sonido
de esa palabra extraña
como recién nacida.
Cuando alguien le enseñó
“Se dice jirafa, no firasa”
de verdad lo lamenté.
Igual con la mariposa
que antes era papiosa.
Sabía que esas palabras
no se quedarían
mucho tiempo
ahí,
en su voz.
¿Para qué apurarse entonces?
Las palabras habituales
están ahora en su sitio.
Excepto,
cuando quiere hablarme
de jaguares y dice
“mamá están en vida de extinción.”
Ya sabemos,
no hay que decirle nada,
quizás queden algunos días así
en que la vida sea lo que se extinga,
sin intermediarios.

Manuela Gómez



Jimmy Salcedo en solitario y junto a La Onda Tres, 1971/72. Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



El Show de Jimmy

Hola, amigos, bienvenidos... quizás no haya otra manera de empezar un texto sobre Jimmy Salcedo que no sea así, invocando la letra del tema que le daba entrada a su programa de televisión. La esperanza es que con el recuerdo detonado por ese primer verso y las fotos que acompañan estas líneas, muchos televidentes de la década del ochenta empiecen a cantar esa canción que creían olvidada, pero que apenas estaba oculta en alguna grieta de la mala memoria y ahora vuelve a saltar, automática y pegajosa, como una cuña de radio... *al programa con más música, somos felices, porque sabemos, que cada semana usted nos ve.*

Jaime Alberto Salcedo Tafache nació en Mompox, fue pianista, cantante, bailarín, entrevistador, presentador de televisión y hasta actor humorístico. Un hombre nacido para hacer gozar a otros, ese era su talento, y lo hizo con dos grupos musicales Los Be-Bops y La Onda Tres, y más tarde en el Show de Jimmy, un programa de televisión muy novedoso que apareció en 1971. Cada jueves, a

las ocho y treinta de la noche, Jimmy conducía y presentaba músicos, entrevistas e invitados dentro de un set con muchísimas luces de neón, algo de humo de discoteca, un piano blanco y cinco coristas vestidas con mallas y que bailaban al fondo: las Súper Notas, bellas y dinámicas como unos Ángeles de Charlie. Además, entre canción y canción, y entre entrevista y entrevista, pasaban segmentos humorísticos protagonizados por los Meros Recocho Boy's, entre ellos el recordado Hernando "Culebro" Casanova. Hoy todo esto suena cotidiano e inocente, pero hasta que apareció el Show de Jimmy nada igual se había visto en la institucionalísima televisión colombiana, programada desde el viejo y ortodoxo Inravisión.

Estas fotografías, extraídas de una vieja de sesión del fotógrafo León Ruiz, traen de vuelta al Jimmy de pelo quieto y apariencia de salsero puertorriqueño: el primer *entertainer* que tuvo Colombia, cuando aquí la palabra ni siquiera se usaba.

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522



Los LIBERTADORES

El café futbolero de Medellín

Calle 12 # 43E 22, barrio Manila

@cafeloslibertadores

@cafefutbolero



actibienes
TRABAJAMOS CON PROPIEDAD

Decide cómo armar tu propia versión de familia y nosotros encontramos ese espacio que espera por ti.

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz

Actibienes
tel. (034) 250 30 11
info@actibienes.com
www.actibienes.com
dir. Circular 74 #39-01



PERGAMINO
MEDELLÍN-COLOMBIA

TE ESPERAMOS EN:

Vía Primavera
Carrera 37 No. 8A - 37

Calle 10B
No. 36 - 32

C.C. Oviedo
Local 9

Aeropuerto JMC
Terminal Internacional

Ordena café fresco en línea: www.pergamino.co



ORANGE
C.E.
Bar Restaurante

40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel. 3005059221
Barrio Carlos E. Restrepo



COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia

Tel: (+574) 479 87 45

@EITunelCyC
eltunelcyc@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10



Frutti Jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo encuentras lo mejor en comidas rápidas, jugos, malteadas, helados, ensaladas de frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio únicamente en Carlos E.

230 40 56



Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85



Flores y Sabores
RESTAURANTE
AL ESTILO MEXICANO

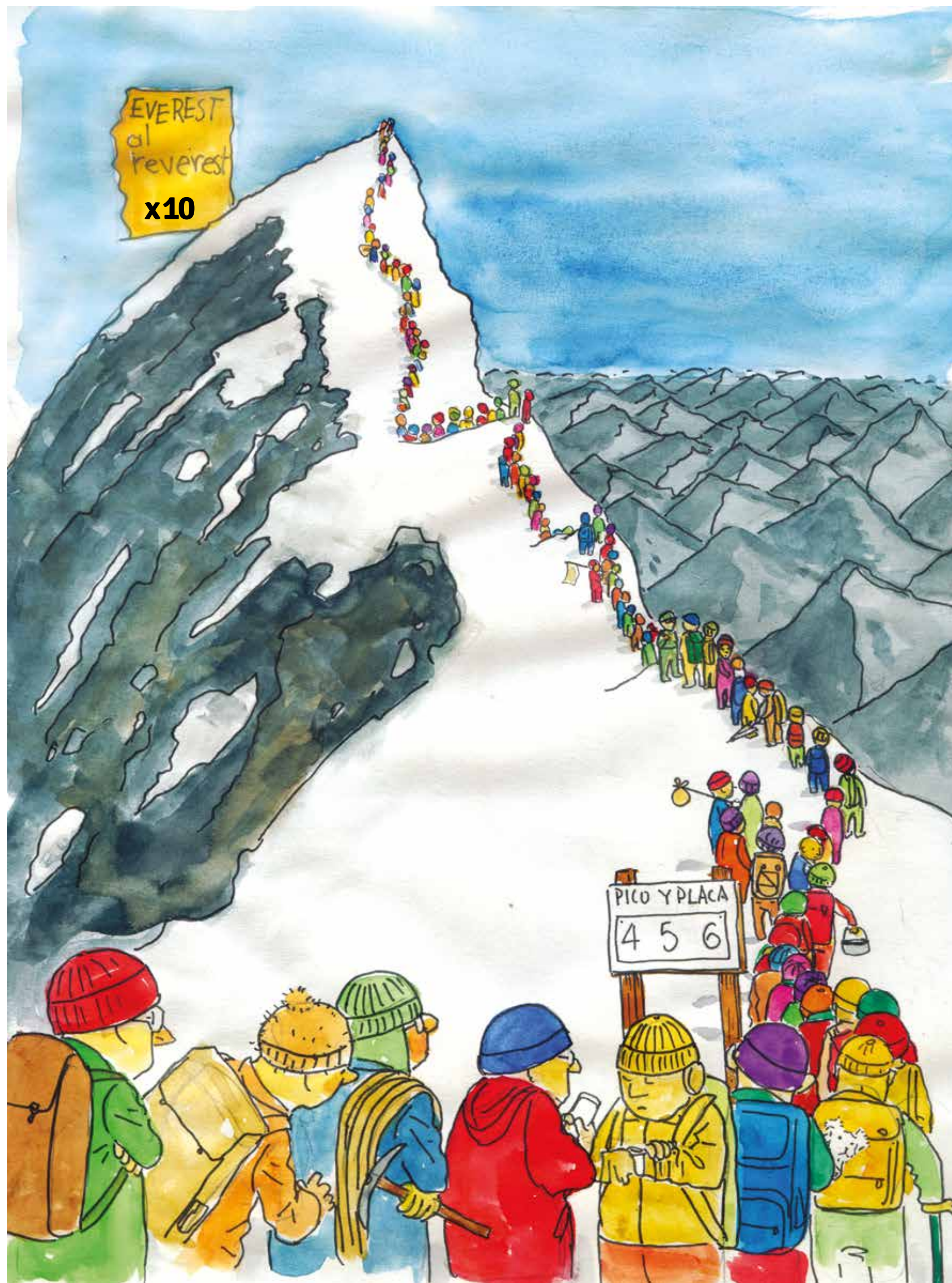
LUNES Y MARTES
LA POBLANA
CON PAPAS FRITAS POR \$15.900

PRESENTA ESTE CUPÓN Y DISFRUTA DE

2X1
CERVEZA DE BARRIL

APLICA SOLO POR EL MES DE JUNIO

☑ CALLE 53# 64A-43 / LOCAL 3 CARLOS E. RESTREPO
@RESTAURANTEFLORESYSABORES / 260 1685



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

parque
explora

Los más bellos insultos

VACA

Ser una vaca es ser experta en amar jugando. En saber esconder y esconderse, en saber rodear, rascar, mugir, lamer sus cariños con las tres libras de una lengua larga, dedicada a acicalar por horas a los destinatarios de su amor.

Que pueden ser sus terneras o terneros, sus parejas o sus amigas, vacas con las que tienen relaciones de reciprocidad conmovedora. Hay que ver cómo les cuidan sus crías o cómo las recuerdan y las reciben con saltos cuando regresan de separaciones forzadas. Muchas veces su mirada larga y de ojos quietos, nos deja expuestos. Tal vez esta vaca forme parte de los 21 mil animales que comerá durante su vida un humano promedio, en esta sociedad que solo explora el **0.25%** de las posibilidades de lo que tiene para alimentarse. Las vacas comparten el 80% de sus 22.000 genes con nosotros. Se originaron hace unos 10 mil años pero vienen de una enorme población prehistórica de la especie *Bos primigenius*, que apareció en la Tierra hace unos 2 millones de años. Hay unas 800 variaciones de estos rumiantes fascinantes. A los que solo comer les implica activar un sistema con milimetría: mover la mandíbula hasta 60.000 veces por día, poner en acción 32 dientes, cuatro estómagos y un zoológico de bacterias intestinales para digerir lo que mastican, regurgitan y vuelven a masticar en jornadas que parecieran ser interminables.

Su estiércol produce metano, gas veinticinco veces más potente que el dióxido de carbono emitido por los automóviles. ¿Qué reflexiones debemos hacer en tiempos del calentamiento global? En el cielo nocturno la constelación Taurus, con su estrella gigante roja, Alebarán, el ojo del toro, nos las recuerda. Y no siempre aparece la justicia. Su sufrimiento es abstracto hasta que te asomas por una hendija. Ellas aprenden, tienen memoria, son solidarias y parece ser que presienten su muerte con su instinto de mamíferas grandes, sensibles y muy inteligentes. **¿A quién intentarás insultar llamándola vaca? Es un piropo y, tal vez, no lo merezca.**

#SeriesExplora #BellosInsultos

medellín en 100 palabras

Envía tu cuento hasta el
11 de agosto de 2019



Concurso de cuentos breves

Un viaje creativo a través de las palabras

Consulta las bases del concurso en:
MEDELLINEN100PALABRAS.COM

VIGILADO SuperSubsidio



Palabras Rodantes

Una alianza:



comfama